

Lola Cooper



Romance  
en otoño

SERIE CUATRO ESTACIONES #1

# Contenido

[Título](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epilogo](#)

[Otras novelas de Lola Cooper](#)

[Sobre Lola Cooper](#)

# Romance en otoño

Lola Cooper

Título original: Romance en otoño

© 2019 Lola Cooper.

© Cubierta: Collage realizado con imagen de Bigstockphoto

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright.

Esto es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos que aparecen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

## CAPÍTULO 1

Claudia le dio un último repaso a la habitación revuelta antes de cerrar la maleta. Lo llevaba todo, estaba casi segura. Sus ojos se detuvieron en el neceser, olvidado encima de la mesilla de noche.

—Ay, madre, ¡qué cabeza! —dijo en voz alta, propinándose un buen manotazo en la frente.

Volvió a abrirla y remitió el estuche entre la ropa. Y las toallitas antimanchas, muy útiles. Y los calentadores de lana, por si hacía frío. Revisó de nuevo la habitación. Ahora sí, todo. Hasta la bomba de baño «Paz, amor y positividad» que había comprado en su tienda de cosmética natural preferida para disfrutar con Sergio de la enorme bañera de hidromasaje que aparecía en las fotos de la habitación del hotel. Un precioso hotelito con encanto en un pintoresco pueblo del Pirineo, rodeado de bosques, montañas y valles... Un lugar idílico para disfrutar de un maravilloso fin de semana romántico y otoñal. Pensaba relajarse, pasear por el valle, abrazarse a los árboles, avistar ciervos o corzos o los bichos que moraran por esas cumbres, ir a coger setas y, sobre todo, hacer el amor con Sergio hasta aburrirse, para compensar lo poco que se habían visto durante los dos últimos meses.

En cierto modo, sentía que había sido culpa suya, porque había aceptado un trabajo de monitora de campamento en un pueblo perdido de difícil acceso, y Sergio tampoco estaba por la labor de viajar hasta allí en sus fines de semana de descanso.

Pero ¿qué iba a hacer? No le había salido nada mejor para esos meses, por mucho que Sergio se quejara de sus trabajos low-cost.

—Y el alquiler hay que arlo sí o sí, a ver qué te crees —masculló, hablando sola de nuevo mientras se esforzaba por cerrar la maleta.

Así que, en cuanto terminó el verano y con él su contrato temporal, se gastó parte de sus ahorros en darle una sorpresa a su novio y reservar dos noches en ese monísimo hotel con encanto perdido en la montaña. El otoño era su estación preferida del año para salir a la montaña, con los bosques teñidos de rojos, amarillos y marrones, la tierra húmeda, la temperatura suave, el olor a castañas asadas en las chimeneas ya encendidas...

Y eso le recordó...

«Amore, yo ya estoy lista. Voy a por el coche», tecleó en su móvil antes de agarrar la maleta, la trenka y salir de la habitación.

—¡Anuska, me voy! —gritó.

—¡Vale! ¡Pásalo muy bien! —respondió su amiga desde el interior de su habitación—. Y no dejes que ese inútil de Sergio te amargue el finde, ¿me has oído?

—¡Qué cosas dices! —se rio ella mientras avanzaba por el pasillo—. ¡Pero si va a ser el

finde más romántico que hayamos tenido en toda nuestra vida!

—Oye, Claudia, ¡espera!... —Claudia se detuvo a mitad de camino y esperó hasta ver a su compañera de piso y amiga desde los tiempos del colegio asomar por la puerta de su habitación —: Ha llamado Álex para preguntar si podría quedarse a dormir este fin de semana aquí con el holandés que conoció el verano pasado. Parece ser que viene a verla y ella no quiere llevarlo a casa de sus padres, lo cual no me extraña, claro, con ese desfile de novios que tiene últimamente... ¿Te importa si se mete en tu habitación?

Mucha gracia no le hacía, la verdad.

—Es que está hecha un desastre y...

—Ah, por eso no te preocupes. Álex te la ordenará en un santiamén. Y siempre se trae sus sábanas, sus toallas... ¡Hasta se traería los trapos de la cocina, si la dejáramos! Ya sabes cómo es —replicó Anuska. Al ver que Claudia titubeaba, insistió—: ¡Vamos, no seas raspa! Es que yo no me he atrevido a decirle que no... La pobre está pasando una racha regular últimamente y, sinceramente, creo que le viene bien follarse para desahogarse un poco, ya sabes.

Sí, ya sabía. Álex y sus movidas. Cuando no era que se había peleado con su padre, era que se había encontrado con un antiguo ex y le había montado una escenita o que se había emborrachado y había perdido el bolso con llaves y demás dentro. La cosa es que raro era el fin de semana en que no aparecía por el apartamento para algo. Y no era que Álex fuese una aprovechada ni nada de eso, qué va. Junto con Anuska y Gadea, era una de sus mejores amigas: una tía estupenda, dulce, generosa, buena gente, y guapísima, que solía llegar con la cena o unos bollos para desayunar o muestras de productos de belleza para Anuska y para ella. Lo que le fastidiaba a Claudia era que involucraba a todo el mundo en sus historias, como si ella no quisiera asumir sus propias decisiones y sus consecuencias. Eso era lo que le molestaba.

—Vale, de acuerdo. Pero dile que no me toque nada del armario, por favor.

—Tranquila, se lo digo. El domingo cuando regreses, estará todo como los chorros del oro.

Todavía no había salido del apartamento cuando le sonó el móvil. Al ver el nombre de Sergio en la pantalla, se temió lo peor.

—Cari, no te lo vas a creer pero me he quedado totalmente dormido después de comer y me acabo de despertar. ¿Puedes venir a recogerme a casa?

—¿Cómo que te has dormido? ¡Pero si yo ya estoy lista y estaba a punto de salir a coger el coche! ¡Deberías estar ya aquí!

—Ya, ya. Pero es que anoche salí con los colegas del trabajo y nos quedamos hasta tarde y hoy he madrugado un montón porque entraba a las ocho. Así que en cuanto he terminado de comer, he caído redondo. Pero no tardo nada en prepararme, ya verás.

Claudia soltó la maleta y se dejó caer sobre la primera silla que encontró en el salón.

—Jolín, Sergio. Que teníamos que salir a las cinco para aprovechar bien el fin de semana — Se quejó, lastimera. Aunque de pronto, recordó otra cosa que le preocupaba más—: La semana que viene tengo que empezar a buscar trabajo a tope, a no ser que me llamen del museo... La verdad es que estaría genial que me llamaran para los talleres de arte y manualidades con colegios en el museo municipal, ¿verdad? —Cuando se dio cuenta de que se había desviado del asunto principal, insistió en lo importante—: Venga, ¡ponte las pilas!

—¿Qué más da que salgamos una hora antes o una hora después? ¡No tenemos prisa! El hotel nos va a esperar sea la hora que sea. Y a ti no te cuesta nada venir a recogerme a casa, que estoy muerto. Anda, sé buena...

Claudia suspiró. Siempre lo era. Demasiado buena, pensó. La casa de Sergio quedaba en la otra punta de la ciudad y lejos de la carretera que debían coger para viajar hacia el Pirineo, pero

¿qué otra alternativa le quedaba? Si tenía que esperar a que su novio se pusiera en marcha, se preparara y llegara hasta ahí, no saldrían hasta las ocho.

—Bueno, voy para allá —concedió al fin—. Pero date prisa, que no quiero que se nos haga muy tarde en la carretera.

Claudia bajó a la calle y caminó hasta donde tenía aparcada su única posesión, un coche utilitario con más de quince años, pintado de color amarillo canario con flores azules, herencia de su padrino. Un taller de confianza le había hecho una buena revisión y había quedado como nuevo. Las flores se las había pintado ella misma con unas plantillas especiales y un espray de pintura para coches que compró por internet. Y había quedado súper original.

Metió la maleta en el asiento de atrás, se sentó al volante, sintonizó una cadena de música, colocó el GPS en su sitio y se puso en marcha. Condujo despacio, como si fuera de paseo por la ciudad, y se detuvo delante del edificio en el que vivía Sergio.

Aparcó en el primer hueco libre que encontró y le volvió a enviar un mensaje para avisarle de que lo esperaba abajo. Esperó cinco minutos y nada. Miró hacia las ventanas del cuarto piso donde vivía con sus padres, a pesar de que llevaba seis años trabajando en la asesoría.

«¿Para qué voy a gastarme dinero en un alquiler si en casa de mis padres tengo plena libertad y todo lo que necesito?», le respondió un día en que ella le enseñó el anuncio de un apartamento en alquiler en el mismo edificio que ella.

Otros diez minutos y nada. Empezaba a desesperarse. Cogió el móvil y lo llamó.

—Ya bajo, ya bajo —dijo él nada más descolgar—. ¡Qué impaciente!

Cuando al fin apareció, Claudia no tuvo más remedio que reconocer que estaba muy guapo con la cazadora ajustada y los vaqueros desgastados.

—No me digas que no he sido rápido —le dijo él nada más entrar en el coche. Le dio un beso rápido y se abrochó el cinturón.

—Uy, sí. Tan rápido como el correccaminos. Anda, vámonos.

≡ ≡ ≡

Habían tomado ya la salida de la autovía hacia la carretera que llevaba derechos a las montañas recortadas en el horizonte cuando Sergio bajó el volumen de la música y le soltó, así como quien no quiere la cosa:

—¿Sabes qué? Llevo unas semanas dándole vueltas a la idea de que no estoy disfrutando realmente de estos años de juventud. ¿No te pasa a ti? Tengo la sensación de que me estoy haciendo mayor casi sin darme cuenta. —Claudia lo miró un segundo sin entender muy bien de qué le estaba hablando. Él prosiguió—: A lo mejor es la crisis de los treinta, pero... no sé...

—¿Crisis de los treinta? ¡Creí que los tíos la teníais a los cuarenta!

—La de los treinta es unisex. Todo el mundo sabe que la década de los treinta es crucial en la vida: es el momento de asentarse en el trabajo, comprarse una casa y un coche más grande, y tener hijos, perros, gatos...

Claudia sonrió ante la idea.

—A mí los gatos no me gustan demasiado. Y tampoco necesitamos un coche más grande, este está bien.

Él se impacientó ante su interrupción.

—Bueno, lo que sea, ya me entiendes. Una vida convencional de matrimonio con hijos, lo típico —resumió de manera despectiva—. La cosa es que estoy a punto de cumplir treinta años y creo que necesito una pausa, una especie de paréntesis por acuerdo mutuo en nuestra relación.

La afirmación la dejó tan sorprendida que apartó la vista un segundo de los preciosos paisajes

de bosque y montañas por los que avanzaba la carretera.

—¿Un paréntesis por acuerdo mutuo? ¿Qué significa eso? —replicó con un tono más alarmado de lo que le habría gustado—. Perdona, pero no lo pillo... ¿Me estás diciendo que lo quieres dejar conmigo?

—No, Claudia... no he dicho eso, no empieces a tergiversar las cosas —dijo él, en tono condescendiente—. Sería algo temporal para vivir otras experiencias los dos, no solo yo. A ti también te vendrá bien estar sola un tiempo, salir con quien quieras, viajar a tu aire, conocer otras cosas antes de que nos asentemos... Me he dado cuenta de que nunca he estado realmente solo desde los dieciséis años, cuando empecé a salir con mi primera novia, y luego llegaste tú y llevamos juntos más de ocho años, una eternidad.

—Será porque estamos bien juntos y nos queremos ¿no?

Él meneó la cabeza en un gesto dubitativo.

—Sí, sí, nos queremos. Yo te quiero mogollón, Claudia. Pero creo que me he perdido algo importante por el camino: las juergas, los amigos, las locuras, el hacer un poco las cosas a mi aire, divertirme... Esas cosas que hacen mis colegas que no tienen novia.

¿Divertirse? ¿Locuras? ¿Hacer las cosas a su aire? ¿Acaso no había hecho todo cuanto había querido mientras estaban juntos? ¿A qué se refería exactamente?

Levantó el pie del acelerador y se agarró con fuerza al volante.

—Es decir, que quieres deshacerte de mí para poder estar con otras. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—No seas dramática, que yo no he dicho eso —protestó él—. Yo solo he dicho que me gustaría disfrutar de un tiempo solo, sin relaciones ni compromisos antes de traspasar la barrera psicológica de los treinta.

A Claudia se le escapó una risa incrédula.

—¿Y no crees que esto me lo deberías haber dicho antes de salir de casa camino de un fin de semana romántico?

—¿Por qué? No sé por qué te lo tomas así. Yo te quiero, Claudia, no es eso.

—¿Me quieres, pero quieres vivir tus propias experiencias?

—Sí, pero ¡no tiene nada que ver con el amor! —respondió el muy caradura—. Siento que necesito vivir algo más antes de que nuestra relación se vuelva más seria y formal. Y a ti también te vendrá bien, ya verás. Somos todavía jóvenes y tenemos toda la vida por delante para estar juntos. Podemos tomarnos este fin de semana como una celebración de despedida con la que nos llevemos un buen recuerdo el uno del otro. ¡Es perfecto!

Claudia condujo en silencio unos minutos. Más adelante vio las luces de una gasolinera y se desvió hacia allí. Se detuvo frente a la puerta de la cafetería. Se bajó del coche, abrió el maletero, cogió la maleta de Sergio y se dirigió hacia la portezuela del asiento de su flamante exnovio.

—Quiero que salgas de mi coche —le ordenó tras abrirla—. Aquí tienes tu maleta.

—¿Qué? ¿Se te ha ido la pinza? —exclamó él—. Venga, Claudia. ¡No jodas! Deja de decir estupideces.

—No es ninguna estupidez. Si quieres un paréntesis en nuestra relación, he pensado que para qué esperar. Vamos a empezar ya, aquí y ahora.

—¿Estás de coña?

—¡Hasta el coño, es lo que estoy! —exclamó—. Toma tu maleta y búscate la vida para regresar a tu casita y ya, si eso, se lo cuentas a tus amigos, que seguro que lo celebran contigo.

Claudia arrancó el coche, metió primera y salió de allí con el corazón latiéndole a mil por hora y un temblor incontrolable en todo el cuerpo. Pero ¿qué había pasado? ¿Cómo había llegado

hasta allí? No entendía nada. ¿Sergio quería dejarla durante su fin de semana romántico? ¿Era una broma?

«¿Y ahora qué hago yo?».

Estaba a casi cien kilómetros de su maravilloso hotel rural, con una reserva para dos noches... ¡en su tarjeta de crédito! Si no se presentaba, lo perdería todo: reserva, dinero y dignidad.

Condujo unos kilómetros con un nudo en la garganta y los ojos tan encharcados en lágrimas que apenas distinguía por dónde iba. Poco a poco, aminoró la marcha hasta detenerse en el arcén de esa carretera secundaria en mitad de ninguna parte. Estaba oscureciendo. En el horizonte se veían las siluetas sombrías de las montañas cercanas. Y entonces soltó un gemido y empezó a llorar a moco tendido dentro del coche, sin más compañía que un pequeño zorro que la observaba desde el asfalto.

## CAPÍTULO 2

Cuando llegó al pueblo, ya era de noche. El termómetro del coche marcaba la friolera de ocho grados. Pero, ¿qué esperaba? Se hallaba a los pies del Pirineo, en pleno mes de octubre.

Según las indicaciones del GPS, debía atravesar la calle principal, desviarse en la tercera calle a la derecha y seguir todo recto por un tramo sin asfaltar. Estaba muy oscuro, mal iluminado. Por fin, en una esquina vislumbró el cartelito de madera que anunciaba el hotel rural Casona de Limoncillos a trescientos metros de distancia. Condujo despacio hasta divisar las lucecitas que iluminaban lo que debía de ser el edificio, una vieja casona de piedra rehabilitada de la que no podía ver mucho más.

Aparcó junto a otros dos coches. Sí que hacía frío, sí. Se enrolló en el chal que llevaba y tiró de su maleta hacia la puerta principal. Al entrar en el acogedor vestíbulo la inundó una cálida sensación de tranquilidad, de hogar. Olía a castañas, a romero, a la madera encerada de los muebles del vestíbulo. Sin embargo, detrás del mostrador de recepción no había nadie para recibirla. Tocó el timbre un par de veces y esperó.

—Perdona, estaba en la cocina y no te he oído llegar —oyó que decía una voz grave antes de ver aparecer a su dueño tras la puerta del mostrador, luciendo una preciosa sonrisa de bienvenida. Sonrisa que se fue desvaneciendo al mirarla con atención. Claudia imaginó por qué: debía de tener un aspecto horrible, con el pelo enmarañado y los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Ella desvió la mirada y se fijó en las fotos de los maravillosos paisajes que colgaban de las paredes, mientras le oía añadir—: Creí que os habíais perdido por el camino. Hoy no hay luna y el pueblo está mal iluminado.

—Sí, me he dado cuenta...

—¿Vienes sola? —preguntó extrañado.

—Sí. —Se esforzó en que su voz sonara normal.

Él la miró un instante antes de fijar toda su atención en la pantalla del ordenador con las reservas.

—Claudia Tormes, ¿verdad? —Ella asintió—. Tienes reserva para la habitación «Agua de romero»... —carraspeó antes de agregar—: La más grande que tenemos.

—Sí, eso es. Es que quiero estar sola, sin que nadie me moleste. —Sintió de nuevo el cosquilleo de las lágrimas en la nariz y sacó un pañuelo. Se sonó los mocos con disimulo.

—Entonces es perfecta, nadie te va a molestar —respondió él con tono amable—. ¿Me dejas tu identificación?

Ella extrajo el carné de la cartera y se lo dio.

—¿Hay muchos huéspedes? —preguntó, al ver pasar una pareja muy acaramelada.

—Este fin de semana estamos casi llenos. A partir del fin de semana que viene lo tenemos completo durante todo el otoño. —Respondió él, satisfecho—. Ven, acompáñame y te indico tu habitación.

Atravesaron un saloncito con un sofá frente a una chimenea donde otra pareja leía, uno apoyado en el otro. Desvió la vista al recordar todas las veces que Sergio y ella se habían quedado en su apartamento sin salir porque preferían pedir unas pizzas y ver una película juntos, tirados en el sofá. ¿Era por eso por lo que la había dejado?, ¿porque hacían planes de pareja normal?

Al subir la escalera de madera se fijó en los arreglos de flores secas que colgaban del techo en la subida por la escalera.

«Monísimos, y no son nada difíciles de hacer... seguro que son plantas de la zona», pensó, alargando la mano para tocar uno de ellos y cerciorarse de que eran naturales. Al tocar la maceta de mimbre, la cuerda se balanceó y de pronto, cayó a sus pies.

—¡Ay! —gritó Claudia, asustada. Él se giró sobresaltado, vio las flores desperdigadas por el escalón y luego la miró a ella—. Yo no he hecho nada... ¡Solo he tocado una ramita!

—¿Te ha golpeado en algún sitio? —preguntó él.

—No, no. Estoy bien... ¡lo siento!

Él se agachó a recoger con cuidado los trozos y ella se agachó a su lado, también.

—Debe de ser la alcayata, que se ha soltado.

—Si quieres, mañana rehago el arreglo floral. Tengo buena mano para esas cosas.

Él alzó la vista y le sonrió, divertido.

—Tranquila. Mañana lo solucionaré, no es grave.

Continuaron por un pasillo mientras él le explicaba los servicios del hotel:

—Son solo cinco habitaciones, así que la mayoría de los huéspedes vienen aquí en busca de tranquilidad. Mañana verás que el entorno es espectacular. El desayuno se sirve hasta las diez, pero si necesitas algo, no tienes más que bajar y tocar el timbre.

Él introdujo la llave en la cerradura y le franqueó el paso a la habitación.

Casi se pone a llorar de nuevo de lo bonita que era y lo bien que habrían estado allí Sergio y ella. Estaba decorada en tonos verdes y amarillo-limón. Cerca de las puertas que se abrían al balcón había una cama enorme con dosel en la que seguro se iba a sentir muy sola. Y en el rincón opuesto, separada por una cortina floreada, descubrió una bañera de hidromasaje incrustada en una pared revestida de piedra y dos hornacinas llenas de...

—Velas aromáticas... ¿las hacéis aquí? —Cogió una y se la llevó a la nariz para olerla.

—No, se las compro a una de mis vecinas, que las hace en su casa.

Claudia la olió una vez más y suspiró al devolverla a su sitio.

—Te puedo dar su dirección, si quieres. Vive en las afueras del pueblo.

Ella se fijó por primera vez en los ojos castaños y serenos que la observaban.

—Sí, gracias —dijo ella—. Es que me encantan las cosas artesanas ¿sabes? —Se giró sobre sí misma para contemplar toda la habitación y agregó—: Es una habitación preciosa.

—Gracias, me ayudó a decorarla una amiga que presume de buen gusto —admitió él con una tímida sonrisa.

Algo en su forma de decirlo le hizo pensar que había algo más detrás de esa amiga. No era de su incumbencia, claro, pero repente le parecía que todo el mundo alrededor disfrutaba de amor y felicidad, menos ella que había llegado sola y abandonada al hotel rural más romántico del mundo.

Cuando se quedó sola, se dejó caer sobre la cama mullida y miró al techo surcado de vigas de

madera. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que algo no funcionaba con Sergio? ¿Es que estaba ciega o es que no quería verlo? Anuska y Gadea se lo habían advertido más de una vez y no las había hecho caso.

«Lleváis demasiado tiempo juntos y Sergio se ha acomodado; está demasiado acostumbrado a que seas tú la que tires de la relación a cada momento y eso no es bueno; deberíais dejarlo, Claudia», le decían.

Y mira tú por dónde, había sido él quien finalmente había dado el paso. En ese momento, se sentía una auténtica estúpida.

### CAPÍTULO 3

Cuando se levantó por la mañana, se asomó al balcón que daba al jardín trasero y vio al dueño del hotel recogiendo verduras de un pequeño huerto. Lo observó trabajar un rato, fijándose en sus movimientos. Revisaba las plantas, arrancaba las pocas verduras que quedaban maduras, las observaba como si fueran joyas o se las llevaba a la nariz para olerlas con fruición y luego las colocaba con mucho cuidado en una cesta a sus pies. No había visto jamás a nadie que disfrutara tanto de la recolección de un huerto.

Bajó al comedor a desayunar y se sentó en una mesa junto al ventanal que daba al jardín. El paisaje era de postal: al fondo, una hilera de montañas cubiertas de bosques que llegaban casi hasta el pueblo. Árboles y árboles coloreados de las distintas tonalidades que van del naranja cobrizo al marrón, pasando por el rojo fuego de las hayas. El otoño en todo su apogeo.

En seguida apareció una anciana de cara redonda y mofletuda con una bandeja en la que traía un zumo de naranja natural, una jarra de café y otra de leche, una cesta con panes varios y otra con bollería casera.

Claudia esperó a que la mujer depositara todo sobre su mesa. La verdad era que tenía hambre. No podía evitarlo, le sucedía desde niña; al contrario que le pasaba a otras personas, que se les cerraba el estómago cuando estaban angustiados, a ella, los disgustos le producían unas enormes ganas de comer.

—Eres demasiado joven para fruncir el entrecejo de esa manera —le dijo la mujer.

—¿Perdone?

—Teresa, mi nombre es Teresa.

—Claudia el mío —contestó ella antes incluso de darse cuenta de que lo hacía.

—Has elegido el mejor lugar para desconectar. Porque me imagino que a eso has venido, a olvidarte de los problemas.

—Sí, por supuesto, a olvidarme.

—El trabajo puede dar muchos quebraderos de cabeza.

—Y las personas muchos más —se le escapó.

Se arrepintió en el mismo instante de haber hablado. A la mujer se le puso cara de interesarle mucho lo que tuviera que contarte.

—¿Sí?

—Tiene todo una pinta buenísima —cambió de tema—. ¿Lo ha hecho usted?

—Todo es casero —dijo ella muy orgullosa—. Darío me deja hacer en la cocina lo que yo quiera. Él lleva el hotel sin apenas ayuda, pero en la cocina es un desastre. A veces pido ayuda a las chicas.

—¿Las chicas?

—Las otras mujeres del pueblo. ¿Vas a quedarte unos días?

—El fin de semana.

—¡Qué pena! Entonces, no sé si podrás conocerlas.

La mujer sonrió sin dejar de ir y venir del comedor a la cocina.

—El lugar es precioso, seguro que no es la última vez que vengo —se vio obligada a decir cuando le trajo la mantequilla—. Y me ha dicho... Darío, ¿no? que hacen velas y jabones artesanos.

—Ah, sí. Son fabulosas. Las hace Anabella con hierbas y flores de la zona.

—Me encantaría conocerla —comentó por decir algo.

En ese momento entró una pareja en el comedor y Teresa se disculpó por abandonarla.

—Voy a atenderles.

Claudia la despidió con una sonrisa.

Se le enfrió el café que le había traído Teresa, abstraída en observar con disimulo las carantoñas que se dedicaban los nuevos clientes. Eran más o menos de su misma edad y parecían muy enamorados. La chica no dejaba de reírse y el chico la miraba con unos ojillos...

Inspiró con fuerza y parpadeó varias veces. Para alejar la tentación de encender la pantalla del móvil y ponerse a ver las fotos que guardaba, se centró en el desayuno.

No dejó nada. Ni una gota de café. Ni una miga de bizcocho ni de pan. Ni una cucharadita de mermelada. Mala señal. Eso significaba que estaba hecha una mierda. Se levantó decidida a mantenerse ocupada y a disfrutar del día. Estaba de vacaciones, ¿no? Pues se iba a divertir.

Al salir del hotel, decidió que se comportaría como una turista de libro y máquina de fotos. Decidió acercarse hasta Aínsa, a pocos kilómetros del pueblecillo donde estaba el hotel. Aínsa era un pueblo con muchas cosas que ver, aunque lo que Claudia había planeado para aquel fin de semana no era precisamente dedicarse a los monumentos. De la oficina de turismo salió con una lista de edificios y los horarios de las visitas. Le costó más de tres horas descubrir todas y cada una de las piedras del castillo, de la plaza Mayor, de la iglesia, de las distintas casonas que iba encontrando y de todas las calles del pueblo. Comió sola en el restaurante de la plaza que le pareció más asequible, y siguió deambulando el resto de la tarde. Al regresar al hotel, se alegró de no encontrarse con el dueño ni con Teresa y cruzó la recepción a todo correr. Intentó dormir y, sin embargo, cada vez que cerraba los ojos se le aparecía la cara de Sergio diciéndole que pasaba de ella. Así que encendió la televisión y fue enganchando un programa con otro hasta el amanecer.

≡ ≡ ≡

El día siguiente amaneció nublado y triste, como ella. Salió a pasear. Las nubes cubrían el cielo y ocultaban los enormes picos montañosos. Apenas le quedaban unas horas en aquel lugar, pero la idea de regresar a Madrid tampoco la animaba en absoluto. A sus veintisiete años, empezar de nuevo era un panorama poco motivador.

Caminando sin rumbo fijo, se alejó del pueblo y, sin apenas darse cuenta, llegó hasta un torrente. Se acodó en el puente de madera envejecida mientras miraba cómo el agua cristalina corría cauce abajo, arrastrando a su paso hojas caídas de los árboles y ramitas secas. Así se sentía ella: como una hoja mustia llevada por la corriente, sin rumbo y sin destino. Empezaba a estar cansada de vivir así, a salto de mata, sin nada a lo que aferrarse cuando todo se desmoronaba alrededor. En algún momento, las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. No hizo nada para detenerlas.

—Sin trabajo, sin dinero y sin novio —dijo en voz alta, para zambullirse un poco más en su

pena.

—A veces, los tropezones sirven para cambiar de rumbo —comentó alguien a su lado.

Dio un respingo al descubrir que no estaba sola. Se volvió para encontrarse a Darío, el dueño del hotel.

—Perdona si te he asustado. Te he visto bajar.

—¿Me has seguido?

—En realidad, íbamos en la misma dirección. Todas las mañanas me doy un paseo por aquí.

—Dibujó un arco con el brazo que pareció abarcar media montaña.

—No hace falta que te quedes. Por mí, puedes seguir tu camino.

Pero él, en vez de coger la indirecta, apoyó los codos en el pretil del puente, junto a ella.

—La sutileza no es lo tuyo, ¿verdad?

Claudia enarcó una ceja.

—No estaba echándote —se defendió.

—No, solo invitando a que me largara.

Apartó la mirada de él y la clavó en el agua de nuevo.

—Prefiero estar sola.

—Y así poder regodearte en tus desgracias. No sirve para nada, créeme.

—¿Lo dices por experiencia? —le preguntó ella con tono irónico.

—Pues sí. Lo digo por experiencia.

—¿También te quedaste sin curro y sin novia a la vez?

—En realidad fui yo quien corté con ambos. No a la vez, pero casi. Y te aseguro que no me he arrepentido ni un solo día, al contrario: debería haberlo hecho antes, pero ya sabes cómo somos los humanos, preferimos «malo conocido que bueno por conocer», aunque eso nos mate de aburrimiento.

Por alguna razón, se sintió aludida por las palabras de Darío y eso le molestó. Claudia se separó de la baranda.

—¿Quién te crees que eres para darme consejos de ganador? —le espetó. Él parecía desconcertado—. A ver si te enteras, mi novio me dejó ayer, en mitad del viaje, mientras veníamos de camino hacia aquí. ¿No tengo derecho a llorar un rato?

—¿Era un buen tipo?

—¡Es un capullo! ¡Un auténtico idiota! ¡Un egoísta indecente! —gritó Claudia al viento.

Darío comenzó a reír ante su arranque de furia.

Ella comenzó a llorar.

—Pero... yo... le quería —confesó entre hipidos.

La cara de Darío cambió de golpe y Claudia vio cómo alargaba los brazos, la rodeaba despacio y la atraía hacia sí con delicadeza. Ella lo abrazó también y siguió llorando y desahogando pena y lágrimas contra el pecho de un desconocido.

Cuando se serenó, se apartó de él, avergonzada. Se apoyó en la barandilla del puente, de espaldas al río que le había puesto tan melancólica. Su brazo casi tocaba el de Darío.

—Soy un culo inquieto —comenzó.

—No hace falta que me cuentes nada. No estoy aquí por eso.

—Soy un culo inquieto —repitió Claudia—. Un culo inquieto y un desastre. Nunca termino las cosas que empiezo. Estudié Magisterio y lo dejé en segundo curso. Eso sí, he hecho mil cursos: macramé y crochet, de cerámica y esmaltado, de pintura, monitora de tiempo libre... He pasado por todo tipo de trabajos, aunque no recuerdo haber durado más de seis meses en ninguno. Pero con Sergio..., con Sergio era diferente. Desde el principio supe que duraría con él porque era el

hombre de mi vida. —Se volvió hacia Darío—. Y mira tú por dónde, es él quien se aburre de mí —añadió con voz temblorosa y un miedo enorme de volver a ponerse a llorar.

—Quien diga que se puede controlar la vida, es un loco o un mentiroso.

—Y un imbécil.

Darío soltó una carcajada.

—Sí, un imbécil también. Aunque a veces los tropiezos del camino sirven para encontrar un tesoro a tus pies.

Claudia lo miró sin entender nada.

—¿Un proverbio chino?

—¿Cómo? ¡Ah! —rio él—. Teresa lo dice muy a menudo. Teresa es...

—La mujer de los desayunos, sí, la conozco.

—Claro. La habrás visto estos días. Bueno, pues Teresa y las demás mujeres tienen la teoría de que afrontar un problema, siempre recompensa. Vamos, que las cosas pasan por algo y ese algo siempre es bueno.

—O sea, nada de lamerse las heridas porque no merece la pena.

—Eso mismo.

Claudia se giró hacia el agua y se acodó de nuevo. Darío la imitó. Se quedaron un momento mirando cómo los escasos rayos del sol que se colaban entre las nubes jugaban con el agua.

—Eso lo dicen porque no acaba de dejarles el novio, no están sin trabajo ni se han gastado sus últimos ahorros en un estúpido viaje romántico. Ni tienen que marcharse de este maravilloso pueblo y seguro que hay alguien esperándolas en casa. Aunque sea un gato.

—Creo que has acertado en todo.

—Son felices. Lo sabía. Solo las personas felices dicen cosas optimistas.

—Sacadas directamente de los libros de Paulo Coelho.

—¿Te cuento un secreto? Odio a ese escritor.

Darío rio de nuevo.

—Yo también.

—Este pueblo es muy bonito. —Claudia cambió de repente de conversación—. ¿Cómo llegaste aquí?

—Nací aquí. Soy Darío, dueño y señor del hotel Casona de Limoncillos.

Ella correspondió a la presentación oficial.

—Claudia, ex de todo y dueña de casi nada. Y ya que estamos... Busco trabajo, vida nueva y un lugar donde caerme muerta.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

—¿Has sido camarera alguna vez?

—¿Poner copas un verano en las fiestas de mi pueblo vale como experiencia? Te advierto que aguanté más de doce horas de pie.

—Homologada completamente. Me encargo también del bar del pueblo, funciona como un centro social, y la chica que lo atendía estudia Biología y acaba de marcharse con una beca a Alemania. El trabajo es tuyo, siempre que los clientes te den el visto bueno.

—Aceptaría si tuviera dónde alojarme. Ya te he dicho que estoy sin un duro.

—Estos días te puedes quedar en tu habitación mientras acondiciono un cuarto libre que ahora tengo lleno de trastos.

Se apretaron las manos como si acabaran de conocerse.

—Claudia Tormes —dijo ella.

—Darío Coma —la imitó él.

—Bonito apellido. Encantada de conocerte Darío y punto.

## CAPÍTULO 4

El local estaba en el centro del pueblo. No era muy grande. En la parte delantera estaba el bar; en la trasera, subiendo unas escalerillas, la sala donde se reunían las mujeres y un pequeño almacén.

Los clientes estaban a punto de llegar. Aunque Darío se quedaría un rato para echarle una mano al principio, su presencia la ponía más nerviosa todavía. Estaba acostumbrada a lidiar en los campamentos con una horda de adolescentes, pero... ¿con los ancianos de un pueblo?

—¡Hombre, una chica guapa para variar! —la piropeó el hombre regordete y con el pelo completamente blanco que acababa de entrar.

—Eusebio, no te salgas del tiesto. Claudia no está aquí para soportar tus dotes de donjuan.

Ella extendió la mano por encima de la barra y el anciano le dio un apretón amistoso.

—No te preocupes por él —le sonrió ella—. Puedes llamarme guapa todas las veces que quieras. ¿Qué quieres tomar?

—¿Tomar? —bufó Darío—. La taberna del pueblo tiene siempre la caja tiritando. Los hombres vienen solo a jugar a las cartas y nunca toman nada. Si esto fuera un negocio de verdad...

—Para celebrar que estás aquí, porque soy el alcalde y para fastidiar un poco a este, hoy tomaré un tentempié —decidió Eusebio.

—¿Cómo qué?

—Un pacharán estará bien. ¿No ha llegado nadie aún?

—Eres el primero —contestó Claudia mientras cogía la botella de pacharán de una balda a su espalda.

Encontró las copas a la primera, sin necesidad de que Darío le enseñara dónde las guardaba.

En ese momento, entraron otros dos hombres.

—Ahí están Fermín y Damián.

—¿Soléis venir siempre a esta hora?

—Todos los días sin faltar ni uno —farfulló Darío—. No hay manera de echarse una siesta en este pueblo.

—Pon otro a estos. Hoy invito yo —dijo Eusebio—. Tenemos chica nueva —comunicó a sus compañeros de partida.

—¿Y a qué soléis jugar? —preguntó Claudia mientras llenaba dos copas más.

—Al tute. Cuatro partidas todas las tardes.

—O las que hagan falta —añadió Fermín—. Aquí se está mejor que en casa.

—Sobre todo tú, que tu mujer no te deja poner los deportes en la televisión.

—¡Las cartas! —exclamó Claudia—. Ni sé los años que no juego. Lo hacía con mi abuela

cuando era niña. Había que conseguir tener todas iguales, ¿verdad?, los cuatro ases, los reyes...

—Como no venga Luis, te aceptamos como compañera de partida.

Claudia rio.

—No me dejan salir de la barra. El jefe es un poco estricto —confesó, divertida por la conversación con aquellos abuelillos.

Darío gruñó a su lado.

—Veo que te manejas perfectamente. Me voy de aquí, que estoy mejor en otra parte.

—¿Como cuál? ¿Zaragoza? —Oyó que decían, con guasa.

Quedó claro que Darío había oído la pregunta porque levantó una mano como despedida sin volverse siquiera. Claudia no tenía ni idea de qué hablaban.

—Dicen por ahí que tiene una novia —le explicó Eusebio.

Las tres cabezas se juntaron y comenzaron a darle todo tipo de explicaciones.

—Él no lo confiesa, pero lo han visto con ella.

—¿Cómo que «lo han visto»? —replicó Fermín, un anciano con cara bonachona—. ¡Pero si lo he visto yo! Por la plaza del Pilar.

—Pero nunca la ha traído por aquí.

—Esa no es novia ni nada. Igual es un...

—¿Qué dices Damián? ¡Que hay una señorita!

—¿Lo dices por mí? —rio Claudia—. He vivido en Madrid. No me escandalizo por nada.

—¿Ves como es una chica moderna? No como tú y yo que somos dos carcamales —rio Eusebio.

—Carcamal serás tú, porque yo...

Los tres hombres continuaron bromeando y discutiendo hasta que apareció el cuarto jugador.

—¡Ya estamos todos! Otro pacharán para este y a la faena.

Antes de que Fermín empezara a repartir las cartas de la baraja, comenzaron a llegar el resto de los hombres del pueblo y, en menos de media hora, estaban las cinco mesas ocupadas. Veinte jugadores y una docena de mirones que centraban la atención únicamente en las cartas que caían sobre el tapete.

Algunos de los jugadores habían imitado a Eusebio y a sus amigos y habían pedido un «tentempié», pero hacía rato que Claudia no tenía nada más que hacer que retirar algunas de las copas vacías y observar. Se entretuvo fijándose en las jugadas y recordando las reglas del juego, pero una hora más tarde comenzaba a aburrirse cuando, en la calle, al otro lado de la ventana vio llegar a Teresa. Después, apareció otra mujer, delgada y con el pelo completamente blanco, con una bolsa en la mano. Subieron las escaleras y desaparecieron en la sala trasera. Enseguida apareció otra anciana, y otras dos, y luego dos más. Claudia se dirigió a la sala y entró sin que la invitaran. En medio, sentadas en círculo, las siete mujeres sacaban sus labores.

—¡Hola! —saludó.

—¡Claudia! Pasa, pasa. —Teresa bajó la voz para presentarla al resto—: Es la nueva chica de Darío. A ver cuánto dura...

Las mujeres se rieron y Claudia se encendió como la grana.

—Solo trabajo para él —aclaró—. Desde hoy abro el bar por las tardes.

—Ah, el bar. Claro, cómo se iban a quedar sin su bar los hombres —replicó la mujer delgada, que tenía unos maravillosos ojos azules.

—Bueno, sirvo a todo el pueblo.

—Como dice Toñi, las mujeres no vamos al bar —afirmó Teresa, con sequedad—. Nosotras nos reunimos aquí.

—A hacer tapetes. Uno tras otro, aunque no necesitemos ni tengamos donde colocarlos — explicó otra, que se parecía bastante a la anterior, mientras enrollaba el hilo en el dedo meñique y comenzaba a mover la aguja.

—Si lo desean, puedo traerles yo lo que quieran. En el bar no hay mucho movimiento ahora y Darío no ha dicho nada de que no hubiera servicio de camareros aquí arriba. ¿Quién quiere un café?

—¡Descafeinado para todas! —exclamó otra de las mujeres, animada.

—¡Con un chorrito de anís! —añadió otra.

—¡Y mucho azúcar! —exclamó una tercera.

≡ ≡ ≡

Claudia cenó pronto y subió a su habitación. Desde que había conocido a las chicas, le rondaba una idea por la cabeza, así que se puso el camisón de raso —comprado especialmente para el desastroso fin de semana con Sergio— y se tumbó en la cama con el móvil.

Aquel mes había gastado todos los datos para organizar el viaje y la conexión iba tan lenta que, por más que lo intentó, no consiguió conectarse a internet. Sin embargo, el teléfono le ofreció la red wifi del hotel. Por desgracia, la red estaba protegida con una contraseña. Miró por toda la habitación sin encontrar una tarjeta con la clave. Sabía que Darío estaba en su habitación porque lo había visto subir mientras ella terminaba de recoger el comedor. Ni siquiera se había molestado en acercarse a preguntarle qué tal le había ido el día o cómo se las había arreglado en su primera jornada en el bar.

Llamó a su puerta un par de veces y esperó un tiempo razonable. Él estaba dentro, podía oír la televisión encendida.

—¡Darío! —gritó una voz masculina mientras ascendía por la escalera.

Quienquiera que fuese estaba a punto de pillarla en camisón en la puerta de su jefe. ¿Qué iba a pensar de ella? A punto estaba de correr a su habitación cuando la puerta se abrió de repente. Lo empujó en el centro del pecho y se coló hasta el fondo.

—Pero qué...

Ni a él le dio tiempo a preguntar ni a ella a explicarse porque el desconocido de la escalera ya estaba en el pasillo.

—Darío, han llamado los de la Asociación Micológica de Zaragoza para saber si este año también cuentan contigo.

Claudia esperó junto a la ventana, fuera del campo de visión de quienquiera que fuera el que hablaba con su jefe, hasta que la conversación terminó y el hombre se marchó. Al oír la puerta cerrarse, se dio la vuelta y se encontró con Darío muy serio.

—¿Alguna reclamación en el primer día de trabajo o... has venido por otro asunto?

La pregunta desarmó completamente a Claudia.

—Yo... no... perdón por entrar así. —Le enseñó el teléfono—. Solo... quería saber...

A Claudia le costaba concentrarse ante la visión que tenía delante: cubierta únicamente con el pantalón del pijama. Hacía mucho tiempo que no veía unos abdominales como los de aquel hombre: duros, formados. Hacía mucho tiempo que no veía unos brazos como los de aquel hombre: delgados, musculados. Hacía mucho tiempo que no veía a un hombre medio desnudo que no fuera su pareja. La escena del día anterior en la que él la había consolado entre sus brazos cobró una intensidad mayor.

—¿Querías saber...? —repitió él para animarla a continuar explicándose.

—La cla... la clave del wifi —consiguió terminar.

—«Limoncillospuntoycoma». —Ella no reaccionó. Ni podía moverse ni podía apartar la vista de su torso—. ¿Algo más? ¿Querías algo más, Claudia?

—N...no. No. No. No, gracias.

Pudo moverse al fin y se dirigió a la salida como una autómeta. A duras penas, consiguió llegar a la puerta de su habitación.

—Claudia —la llamó él. Ella se dio la vuelta; todavía estaba conmocionada ante lo que le había provocado la visión del cuerpo de aquel hombre. —Que tengas una bonita noche.

Fue incapaz de responder.

## CAPÍTULO 5

Ya en su dormitorio, Claudia inspiró profundamente en un intento de que su respiración volviera a la normalidad.

¿Qué era lo que acababa de pasar en la habitación de al lado? ¿Por qué la visión de un hombre semidesnudo la había alterado tanto? Vale que nunca había sido muy perseverante en casi nada, pero al menos siempre se había mantenido fiel a su novio. Claro que Sergio ya no era su novio, recordó. Además, en los últimos tiempos, su ex había echado una barriguita que en unos años lo más probable era que se convirtiera en barrigón, así que en realidad, no hacía mal a nadie disfrutando de un ejemplar de hombre tan... tan... tan ejemplar, ¿no?

Lo que pasaba era que quizá podía haber esperado un par de meses para disfrutar con el espectáculo; esa facilidad para deleitarse con los abdominales y los brazos musculosos de un desconocido, por mucho que fueran de esos que solo con verlos se te hace la boca agua, no hablaba muy bien de su capacidad de guardar un luto como dios manda por una relación fallida que había durado la tira de años. Sacudió la cabeza, enojada consigo misma, y se obligó a pensar en otra cosa. Al fin y al cabo, ya tenía la clave del wifi, que era lo importante.

Claudia se lanzó sobre la cama y empezó a buscar en internet. Mientras hablaba con las chicas se le había ocurrido que debía de haber un montón de ayudas para talleres rurales. En los informativos siempre se hablaba de la despoblación del mundo rural como un gran problema. Tecleó a toda velocidad con los pulgares y, poco después, dio con lo que buscaba. En la página web del gobierno regional se ofrecían ayudas para varios de esos talleres; en concreto un taller de gimnasia, otro de iniciación a internet y redes sociales, otro de croché, otro de restauración de objetos tradicionales, otro de.... Rellenó un formulario y solicitó seis. No es que tuviera demasiadas esperanzas de conseguir nada, pero...

«Por pedir que no quede», se dijo dando al botón de enviar.

En ese momento le entraron dos notificaciones del grupo de whatsapp que tenía con sus amigas.

*Tan romántico ha sido el finde que aún sigues allí?*

*Ya me estás contando, guarrilla.*

Esa era Anuska. Como de costumbre, no se andaba por las ramas. Casi al instante entraron dos notificaciones más.

*Sigues en el pueblo ese?*

*Pero si estabas pelada de dinero. Necesitas un préstamo?*

Por supuesto, Gadea tenía que ir a lo práctico. Desde que iban juntas al colegio, Gadea había sido la favorita de su madre. Siempre se la ponía de ejemplo: «¿Por qué no imitas a Gadea, tan estudiosa, tan perseverante, tan educada, tan...?». Claudia siempre había pensado que esa presión había resultado contraproducente; a la vista estaba el resultado. Gadea era una alta ejecutiva en una de las empresas más importantes del país y ganaba un dineral mientras que ella, en cambio, no tenía dónde caerse muerta.

*Es increíble que después de ocho años  
os queden ganas de fin de semana romántico.*

Esa era Alex, a la que los novios no le duraban más allá de un par de meses y que volvía a enamorarse locamente al cabo de unas semanas.

Claudia suspiró después de leer los mensajes. Le habría gustado tener un poco más de tiempo para pensar en lo que les iba a contar a sus amigas, pero, al parecer, no le iba a quedar más remedio que confesar la verdad.

*Sergio es un imbécil. Está en Madrid, o eso creo.  
Yo sigo aquí y, por ahora, no voy a volver.  
No quiero hablar de ello.  
He encontrado un empleo.*

El bombardeo de mensajes llenos de emoticonos no se hizo esperar.

Qué ha pasado??!! Cuenta!!! Cuenta!!! (tres emoticonos de carita sorprendida)  
Un empleo? En un pueblo perdido? (emoticono pensativo y escéptico)  
Ya sabía yo que tanto romance era imposible (emoticono carita ojos al cielo)

A no ser que pusiera el móvil en silencio, los continuos mensajes entrantes no la iban a dejar dormir así que, con un suspiro de resignación, Claudia pensó que lo mejor sería contarles los últimos acontecimientos. A la una de la madrugada cesaron los mensajes y pudo acostarse por fin.

≡ ≡ ≡

A las cuatro en punto de la tarde abrió el bar y puso en marcha la cafetera como Darío le había explicado, pero algo debía de haber hecho mal porque, en un momento dado, se le había enganchado uno de los filtros del café y, al tirar, los posos se habían desparramado por todas partes. A las cuatro y dos minutos ya habían entrado los primeros parroquianos y cinco minutos después estaban todas las mesas llenas; estaba claro que se había corrido la voz y los habitantes del pueblo venían a saciar su curiosidad. Claudia saludó a los que había conocido el día anterior mientras se apresuraba a limpiar aquel desastre, y cruzó los dedos para que no se produjeran muchos más, aunque sin demasiadas esperanzas pues, como a menudo le repetía su ex, era una especie de imán de las desgracias.

Tuvo que contestar infinidad de preguntas del grupo de ancianos que jugaba lo que parecía una partida interminable de tute, y del otro grupo que jugaba una no menos interminable de dominó. Cuando hubo repartido los cafés —regados la mayoría con un generoso chorrito de licor—,

Claudia se relajó y empezó a secar con un trapo los vasos que acababa de sacar del lavavajillas. Sin poder evitarlo, dos de ellos resbalaron entre sus dedos y se estrellaron contra el suelo. Maldiciendo, barrió los cristales de aquel nuevo desastre y respondió con resignación y buen humor a las bromas de Eusebio y de Fermín a propósito de los dedos de plastilina.

Media hora después seguía con la tarea, secando cada vaso como si se tratara de una porcelana de Ming del siglo XV y, al bostezar distraída, vio llegar a la primera anciana con una bolsita de punto colgada del brazo; enseguida llegaron la segunda y la tercera y la siguieron.

—Seis y siete —contó en voz baja; ya estaban todas. Dejó el trapo en la barra con decisión y se dirigió a los presentes—. Me voy un rato con las señoras, si alguno necesita algo que de una voz.

Tan solo un par de ancianos respondió con un gruñido, demasiado concentrados en sus respectivas partidas.

Claudia sirvió siete cafés en una bandeja, añadió una jarra de leche y el azucarero y se dirigió a la parte trasera con cuidado de no derramar nada.

—¡Buenas tardes, traigo unos descafeinados con mucha azúcar! ¿Alguien quiere?

Como el día anterior, el corrillo de ancianas estaba sentado en torno a una mesa de buen tamaño que estaba pegada a la ventana y la recibieron con entusiasmo.

—Esto sí que es un buen servicio, ¿no es cierto, chicas? —dijo Teresa, que parecía llevar la voz cantante. El resto asintió con una sonrisa y se apresuraron a hacer a un lado las labores que acababan de sacar de las bolsas—. Parece que Darío ha acertado al contratarte. Y hablando del rey de Roma...

En efecto, Darío acababa de aparecer y las saludó a todas con una sonrisa luminosa. Al verlo, Claudia, que estaba sirviendo la leche en las tazas, se quedó mirándolo embelesada, hasta que el grito de advertencia de una de las ancianas la hizo reaccionar y vio que había regado de leche la bandeja y varios platillos.

Aturullada, y sin dejar de pedir disculpas, limpió aquel nuevo estropicio con una bayeta que había tenido la precaución de colgarse de uno de los bolsillos de sus pantalones vaqueros y sacudió la cabeza, desconcertada. ¿Estaba tonta o qué? ¿Qué era lo que pasaba con ese hombre? Jamás ninguna de las sonrisas de su ex le había provocado un efecto semejante.

—Hola, Claudia.

—Hola, Darío, espero que no te importe que haya subido a atender a las señoras —balbuceó un poco nerviosa; al fin y al cabo, ahora que lo pensaba, igual a su jefe no le gustaba que abandonara su puesto detrás de la barra.

—Por supuesto que no me importa. ¿Las conoces ya a todas? —Claro que las conocía, pero antes de que le diera tiempo a responder, Darío las señaló una por una diciendo sus nombres—: A Teresa no hace falta que te la presente ¿verdad? La de la sonrisa más pizpireta del pueblo es Toñi —a la anciana se le escapó una risita divertida que le dio la razón a Darío—; a su lado está Angelita, también conocida como miss Pirineos —la mujer sonrió tímidamente antes de bajar la vista a sus agujas—; Lucila hace los guisos más ricos de toda la comarca y Carmen unos bizcochos para chuparse los dedos, como habrás comprobado. Y por último, Anabella, es la creadora de las velas y jabones que perfuman mi hotel. Estas chicas son la máxima autoridad en este pueblo y hay que tratarlas bien.

Las ancianas rieron y siguieron charlando y coqueteando con él. Al oír alguno de los comentarios, bastante subidos de tono, Claudia notó un cierto calor en las mejillas, y al verlo Anabella y Toñi, que eran las más descaradas, la tomaron con ella también. Claudia terminó de servir los cafés a toda prisa y se puso la bandeja debajo del brazo, dispuesta a salir huyendo.

—Espérame, quiero hablar contigo —dijo Darío.

—Uy, ¿y qué quieres decirle que nosotras no podamos oír? —preguntó Anabella en tono insinuante.

—Tu amiguita de Zaragoza se va a poner celosa cuando vea lo guapa y lo maja que es esta chica que has contratado... —Ahora era Toñi la que parpadeaba con expresión maliciosa.

—Chicas, chicas, no seáis mal pensadas y tened cuidado con esas lenguas o un día os las morderéis y moriréis envenenadas. —Darío hizo una reverencia burlona, cogió a Claudia del codo y bajaron la escalera perseguidos por las carcajadas de las ancianas.

Una vez abajo, Darío le indicó que lo siguiera afuera del local.

—Mejor que hablemos aquí fuera, porque si no vamos a tener a todos opinando sobre cualquier cosa que te diga —dijo sonriente.

Claudia sonrió a su vez y le siguió hasta la pequeña fuente que había en medio de la plazuela.

—Sí, ya me he dado cuenta de que son muy curiosos.

—Normal, salvo los huéspedes del hotel no suelen ver muchas caras nuevas por aquí. En especial caras nuevas y bonitas —añadió. Aunque Claudia no estaba acostumbrada a los piropos, y esa mañana ya llevaba unos cuantos, lo aceptó de buena gana.

—Antes de que sigas, tengo que hacerte una confesión.

La sonrisa de Darío se borró de golpe.

—¿Has cambiado de opinión? ¿Te vas? ¿No aguantas en el pueblo?

Claudia se apresuró a negar con la cabeza.

—¡No, no nada de eso! La verdad es que me encanta este pueblo y los ancianos son encantadores...

—Pero echas de menos estar rodeada de gente joven —volvió a interrumpirla.

—Que no, para nada. Lo que quería confesar... —se detuvo, pero esta vez Darío no dijo nada —... es que sin querer he roto dos vasos.

—¿Esa es toda tu terrible confesión? —Una vez más los dientes blanquísimos relucieron en el rostro bronceado.

Claudia hizo una mueca.

—Me temo que no. Creo que también ha pasado algo con los enganches de uno de los filtros del café, porque ahora no hay manera de ponerlo y... —se detuvo una vez más.

—¿Y...?

—Y al guardar una taza la he golpeado sin querer contra el mostrador y se ha roto el asa.

—Vaya.

Claudia inspiró profundamente dispuesta a confesar hasta el último de sus pecados:

—Soy una persona a la que, por desgracia, le ocurren este tipo de cosas bastante a menudo. Mi ex decía que atraía las desgracias.

Darío frunció las cejas oscuras.

—¿Cuánto es «bastante a menudo»?

—Básicamente a todas horas, así que si vas a despedirme no te preocupes, lo entenderé. Mejor ahora que cuando ya me haya encariñado con todo el mundo.

Claudia bajó la vista y clavó los ojos en las punteras de las desgastadas botas de montaña de su interlocutor, como un reo que espera sentir el tajo del verdugo de un momento a otro.

—Claudia... —Un dedo debajo de su barbilla la obligó a levantar la cabeza con suavidad—. Precisamente quería decirte que la semana que viene son las Jornadas Micológicas, que son, por decirlo de alguna manera, la fiesta grande del pueblo. Todos los años viene un montón de gente de fuera, así que voy a necesitar ayuda en el bar y, seguramente, en el comedor del hotel para servir

las cenas.

—¿Ayuda? Mi... ¿mi ayuda? —balbuceó incrédula.

—Sí, claro, que yo vea —miró a un lado y a otro de la plaza con aire burlón—, no hay nadie más por aquí.

Claudia no se lo podía creer. Después de su confesión lo que realmente había esperado era que le diera una patada en el trasero —en sentido figurado, por supuesto— y, en vez de eso, le ofrecía más responsabilidades.

—¿Estás seguro? —preguntó dubitativa una vez más.

—Seguro.

Una intensa sensación de felicidad la invadió. Cuando parecía que ya nada le saldría bien, de pronto, se le ofrecía una nueva oportunidad, casi una nueva vida, en un lugar precioso, en medio de la naturaleza y rodeada de gente encantadora. Sin poder contenerse, Claudia le echó los brazos al cuello y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—¡Gracias, gracias! Te prometo... no, ¡te juro que no te defraudaré!

—Estoy seguro de ello —respondió Darío sonriendo ante tanto entusiasmo.

Al ver esos ojos castaños tan cerca de los suyos, Claudia se dio cuenta de lo que acababa de hacer y se apresuró a soltarlo. Dio un paso atrás.

—Perdona... yo... esto... mejor será que siga trabajando. Adiós.

Y sin esperar respuesta se metió en el bar a toda prisa, dejando plantado a su jefe en mitad de la plaza. Darío se quedó mirando la puerta por la que acababa de desaparecer su atolondrada empleada y sacudió la cabeza con una curiosa expresión en el rostro.

## CAPÍTULO 6

Al regresar adentro, Claudia comprobó que los hombres continuaban enfrascados en sus juegos de mesa, así que tras rellenar sus copas de pacharán y servirles unas aceitunas, subió de nuevo a la sala de las señoras. Las encontró charlando animadamente sin dejar de tricotar.

—¿Qué? ¿A que te gusta nuestro Darío? —le preguntó Toñi nada más verla aparecer por la puerta. Claudia no respondió, pero arrimó una silla a su lado y se sentó a observar sus labores con atención. Se fijó en que no solo hacían gorritos y bufandas, una de ellas parecía estar haciendo un bolso de crochet y otra estaba terminando unas zapatillas de andar por casa con unos colores preciosos. Toñi paró de tricotar, la apuntó con una aguja y dijo—: Que no te engañe: se las da de mandón, pero luego es un santo.

Teresa alzó la vista, le dirigió una mirada fugaz a Claudia y meneó la cabeza en señal de desacuerdo.

—Muy santo, muy santo, no es, Toñi. Que tiene a una en Zaragoza, y bien que se guarda él de traerla al pueblo para presentárnosla como Dios manda. La quiere para lo que la quiere, que eso lo sabemos todas —afirmó, con un tono exageradamente duro.

—Ahora mismo no me acuerdo de la palabra que me dijo mi nieto para nombrar a ese tipo de «amigas»... —Angelita se quedó pensativa, con las agujas en suspenso, intentando hacer memoria, pero nada, no le veía la dichosa palabra—. Lo único que sé es que era una palabra muy fea pero muy clarita, no engañaba a nadie.

Claudia sabía perfectamente a qué se refería, pero guardó silencio. En aquel entorno tan bonito y romántico, hablar de follamigas o follamigos le sonaba fatal, como si profanase la belleza del lugar.

—Mujer, ¿pues qué quieres? —saltó Lucila—. Es normal que tenga sus amoríos por ahí; es un chico guapetón, sano, fuerte, inteligente, majísimo... es de lo mejor que tenemos en el pueblo. Yo, porque no quiero líos, que si no, le tiraba los tejos bien tirados.

—Sí, pero Teresa tiene razón. No es perfecto, también tiene sus manías y defectillos... —dijo Anabella, quien intercambió con su amiga una mirada de entendimiento.

—Pues qué queréis que os diga: —agregó Toñi, sin apartar la vista de las agujas—, yo le he dicho a mi nieta que se venga una semanita antes de Navidad y se lo presento, pero a ella lo de vivir en el pueblo no le llama. Dice que aquí se aburre, que no hay discotecas... Pero digo yo... Con un hombre así, ¿quién necesita irse de discotecas? ¡Él ya le dará todo el baile que necesite! —Un coro de carcajadas picaronas le dieron la razón—. Y si mi nieta fuera lista, ya se buscaría ella algo aquí de lo que vivir, que en el pueblo se vive muy bien... ¿o no? —Toñi se volvió hacia Claudia, mirándola fijamente por encima de sus gafitas.

—Pues... supongo que sí —respondió ella, pillada por sorpresa—. Es un pueblo precioso y...

—¿Tienes pensado quedarte una temporada o solo estás de paso? —la interrumpió Anabella, que no dejaba de observarla con ojos suspicaces.

—En principio solo serán unas semanas, mientras reconduzco mi vida... —dijo ella, bajando la voz en la frase final.

—Ah, de eso también sabemos algo —dijo Angelita, en un tono suave y apacible—. De los que andan un poco perdidos por la vida y llegan aquí como si en el pueblo todo fuera fácil. Luego son de los que se quejan de que huelen a estiércol, de que les despierte el gallo al amanecer y de que repique la campana de la iglesia cada hora, así que a los tres días ya se han cansado de tanto pueblo y se vuelven a la ciudad escaldados, pero felices.

—Yo no he venido buscando nada en concreto, en realidad —respondió Claudia, que se había levantado de su silla para servirse ella misma un café en una de las tazas que había traído—. Mi novio y yo estábamos pasando una racha rara y pensé que nos vendría bien un fin de semana romántico pero, al parecer, él tenía otros planes: quería tomarse unas «vacaciones» de mí. ¡Después de ocho años de noviazgo, me dice que me quiere pero que necesita probar otras cosas! ¿Qué tipo de amor es ese? —se preguntó, de nuevo con la voz estrangulada por la emoción. No se lo merecía, pero había querido muchísimo al estúpido de Sergio. Ahora, mirándolo con cierta perspectiva, se daba cuenta de que siempre fue ella la que más puso en la relación, la que más quería, la que más cedía, la que más se esforzaba... pero lo hacía por amor, así que, ¿qué importaba? Bueno, pues al parecer, sí importaba: a Sergio no le había costado demasiado romper con ella si de lo que se trataba era de disfrutar de su «soltería perdida». Esa era la pura realidad. Se tomó unos segundos para respirar hondo y agregó, ya recompuesta—: Así que lo dejé tirado en la primera gasolinera que me encontré y continué mi camino hasta aquí. Y después, Darío me dijo que necesitaba una camarera, y yo necesitaba mantenerme alejada un tiempo de mi vida en la ciudad, y ahora... ¡aquí estoy! —sonrió levemente, encogiéndose de hombros como si fuera lo más normal del mundo—. Prometo no quejarme de gallos ni de campanas.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que las seis ancianas habían dejado de tricotar y la miraban con una expresión mezcla de asombro y de compasión.

—Puedes quedarte el tiempo que necesites, niña —dijo de pronto Teresa, con el mismo tono amable con el que la recibió el primer día en el comedor del hotel—. Hay hombres que nunca crecen...

—Y no hay mal que por bien no venga, querida —añadió Angelita, con su sonrisa suave—. Ahora lo pasarás mal un tiempo, pero piensa en los años de infelicidad que te has ahorrado al librarte de él.

—Aquí estarás muy bien —sentenció Anabella, quien también parecía haber perdido de golpe toda la suspicacia con la que la miraba antes—. Pero ten cuidado con nuestro Darío, no vaya a ser que te enamores de él y tengamos un disgusto. Que si hay que ponerse del bando de alguien, nosotras siempre le seremos leales a Darío. Somos su particular club de fans.

Se oyó un murmullo de aprobación ante las palabras de Anabella.

—Uy, no os preocupéis —replicó, muy convencida—. Mi libido está bajo mínimos después del chasco de mi novio. ¡Tardaré mucho en volver a enamorarme de alguien!



Darío atravesó la plaza desierta y se encaminó al hotel con la imagen de Claudia en la cabeza. Sonrió para sí al pensar en la cara de preocupación que había puesto por unos vasos rotos. ¡Qué

tontería! Perdonaría que rompiera lo que fuera con tal de que se quedara, al menos, las dos semanas siguientes, lo que duraban las jornadas micológicas. Le habría sido casi imposible cubrir el puesto de su antigua camarera a tiempo y menos en el pueblo, donde prácticamente solo quedaba gente mayor. La única con la que podía contar era Teresa, que se encargaba de los desayunos con la misma decisión y orden con la que había llevado la cocina de un hotel en la costa durante más de treinta años, hasta que se jubiló y regresó a su pueblo natal. Y también estaba Ana, la esposa de Antonio, el cartero, una mujer de mediana edad con más energía que muchos hombres, a la que contrató para que se ocupara de la limpieza en las habitaciones. Salvo Rubén y Marta, que se habían instalado allí para montar su negocio de actividades turísticas de aventura, no había mucha más gente en edad activa, ni en el pueblo ni en veinte kilómetros a la redonda. Tal vez por eso, ninguno de sus amigos había venido a visitarlo todavía desde que se trasladó a vivir allí, a ese caserón reconvertido en hotel que había sido, durante muchos años, el hogar de sus abuelos.

Y sin embargo, desde que se había instalado en Vallehondo dos años atrás, no había vuelto a sufrir ni uno de aquellos ataques de ansiedad que le daban en su viejo empleo como analista financiero en un gran banco internacional. Entonces vivía en Londres, en un pequeño y lujoso apartamento en la City, y se levantaba a las cinco y media de la mañana para salir a correr antes de llegar a la oficina, a las siete y media. Desde que se sentaba en su sillón ergonómico, ya no volvía a salir del edificio hasta pasadas las ocho de la noche, cuando entregaba el informe de resultados diario que le exigía su jefe. Después, se compraba cualquier cosa en el supermercado más cercano y se lo comía sentado en el sofá de su apartamento, frente al televisor, con la guapa presentadora del informativo contándole las noticias del mundo mientras pasaba frente a sus ojos las últimas cotizaciones de los valores bursátiles en Nueva York, Tokio, Alemania, Londres, París y Madrid. Durante un tiempo, se sintió el puto amo del mundo.

Así estuvo viviendo durante ocho años. Viviendo o malviviendo, según se mirara. Él era de los que pensaba que aquello era lo que siempre había deseado después de terminar la carrera con el mejor expediente de su promoción y recibir la llamada de Spencer Morris, el director de la división de Fondos de alto Riesgo de uno de los bancos más prestigiosos del mundo: deseaba entrevistarle para incorporarse a su equipo. En aquel momento, no se lo podía creer. Le ofrecieron un puesto en la oficina de Londres, un plan de carrera, un sueldo que no esperaba ganar hasta dentro de muchos años y unos incentivos inimaginables. Aceptó sin dudarle. A los tres años de estar allí, le promocionaron dentro de un selecto grupo de ejecutivos junior a los que se les iba mejor que a nadie, pero también se les exigía casi lo imposible.

Ahí fue donde todo empezó a cambiar. Donde comenzó a dormir mal por las noches; sentía pinchazos en el estómago y vértigos matutinos al levantarse. Sus compañeros se reían de él, creían que exageraba o que era una forma de excusarse por todo el dinero que ganaba y que jamás podía gastar porque nunca tenía tiempo. No tenía tiempo para sí mismo ni para visitar a sus padres, ni siquiera para mantener una relación profunda con alguna de las chicas con las que salía de vez en cuando. Y cuando lo tenía, era incapaz de disfrutarlo; tenía los objetivos mensuales tan metidos en la cabeza que necesitaba estar constantemente conectado a una pantalla, por miedo a perderse algo importante. A los seis años de estar allí, sufrió la primera crisis de ansiedad; se ahogaba, apenas podía respirar. Tuvo que subir a la azotea del edificio para quitarse la corbata, la camisa y respirar hondo. El día en que cumplió treinta y dos años y se vio solo en la oficina, sin más horizonte que una sala de ordenadores encendidos permanentemente, decidió dejarlo todo. De pronto, como si un rayo de luz le atravesara la mente, supo que no era así cómo quería vivir su vida. De eso hacía dos años, pero le parecía un pasado tan remoto, que era como si aquel no fuera

él.

Recorrió el sendero junto al río lleno de hojas secas. Todavía tenía muchas cosas que hacer de cara al fin de semana: revisar reservas, distribuir habitaciones, hacer inventario de la despensa, encargar la lista de productos para el desayuno que le había pedido Teresa, cortar leña y casi lo más importante: arreglar la habitación del servicio para que pudiera instalarse en ella Claudia antes del fin de semana. La tenía llena de trastos.

Sonrió al ver aparecer a su perro, Nikkei, un labrador color canela, corriendo alegre hacia él con la lengua fuera. Darío se inclinó para recibirlo: era eso o se arriesgaba a que el perro se abalanzara sobre él con sus veinte kilos de peso. No sería la primera vez.

—¡Aquí, aquí, Nikkei! —dijo dándose unas palmadas en los muslos. El perro ralentizó el paso y se coló entre sus piernas, jadeante. Darío lo abrazó por el cuello y lo acarició con fuerza—. Así, despacio, con tranquilidad... ¡Buen chico! Cada vez te pareces más a tu madre, amigo.

El perro le lamió la mano y Darío jugueteó unos segundos con él. Luego se incorporó y reanudó la marcha con el perro a su lado. Al atravesar el puente, vio salir a Eusebio, el alcalde, de su casa. El viejo se guardó las llaves en el pantalón, se abrochó una chaqueta de tweed que Darío jamás le había visto antes y se colocó sobre la calva un elegante sombrero de fieltro con el que parecía un auténtico dandy.

—¿Se puede saber adónde vas, Eusebio?

—¿Adónde voy a ir? ¡Pues al centro cultural, como todas las tardes! —replicó el anciano, refunfuñando.

—¿Así de elegante?

El anciano sonrió, satisfecho.

—¿Te parece que voy bien? Me ha dicho Claudia que el color verde me favorece y me hace más joven. Esta tarde ha organizado una sesión de bingo con las señoras, y eso significa que también estará Angelita, ya sabes.

Darío soltó una carcajada.

—Lo que sé es que aburres hasta a las ovejas de tanto dar vueltas alrededor de Angelita sin decidirte nunca a dar el primer paso.

—¡Precisamente! El premio al bingo serán dos entradas con una botella de cava para la fiesta de clausura de las jornadas micológicas.

—¿Qué fiesta?

—¡La fiesta de la seta y el champiñón que vais a organizar! —Darío lo miró con la boca abierta. ¿De qué demonios estaba hablando? Que él supiera, nunca habían organizado una fiesta en las jornadas. Pero Eusebio añadió—: A todos nos ha parecido una idea estupenda. Habrá un concurso a la seta más grande, una degustación de platos típicos y baile. Así, promocionaremos el pueblo en toda la comarca y vendrá mucha gente de los alrededores. Como alcalde, me he comprometido a conseguir una banda de música a la altura de las circunstancias. Has hecho un gran fichaje con esa chica, Darío. ¡Vale un potosí!

¿Un gran fichaje? De repente, ya no estaba tan seguro de que le gustara que su nueva camarera fuera tan agradable y resuelta en su trabajo.



—¿Se puede saber en qué jaleo me has metido? ¿Qué es eso de la fiesta de la seta y el champiñón? —le preguntó Darío en cuanto la vio aparecer por la puerta del hotel, abrigada de

pies a cabeza con unas prendas de colores chillones.

Claudia se había enfundado su gorrito de lana y sus guantes, porque al caer el sol la temperatura descendía ocho grados de golpe, por lo menos. Le salía vaho por la boca al respirar y traía la nariz roja de frío, así que al entrar dentro del hotel y notar el calorcito de la chimenea, suspiró de gusto y esbozó una enorme sonrisa.

—Ah, eso —dijo ella, quitándose los guantes con desparpajo—. No te preocupes, será una fiesta pequeña. Lo de la seta y el champiñón se me ocurrió sobre la marcha, al ver a los hombres en el bar y a las mujeres en la sala de arriba... ¿A que tiene gracia? Y luego pensé que cuadraba muy bien con las jornadas micológicas ¿no te parece?

Darío bufó, nervioso solo de pensarlo.

—Sí, pero ¿quién va a organizarlo todo? ¡Yo no puedo! ¡Y tú tampoco, que tendrás mucho trabajo entre el hotel y el bar! —casi gritó él, con más cara de susto que de enfado. A Claudia le pareció que estaba muy guapo así, en plan leñador gruñón, con el pelo castaño ondulado y revuelto, el ceño fruncido, la camisa a cuadros y esos maravillosos antebrazos cruzados sobre el pecho. Intentó centrarse en lo que él le estaba diciendo—: ¿Te das cuenta de lo que conlleva organizar una fiesta? Local, barra, bebida, adornos, música... ¡El hotel no puede hacerse cargo de algo así!

—Que sí, hombre. ¡Lo organizaremos entre todos! Yo tengo muchísima experiencia en organizar fiestas y saraos —aseguró, exagerando un poquito, eso sí. Recordó para sí aquella fiesta de Nochevieja que organizó con unas amigas y que no salió del todo mal, si no hubiera tenido que venir la policía a echarles porque habían sobrepasado el aforo del local... claro que luego bien que se tomaron sus churritos con chocolate. ¡Ay, qué buena idea! Podrían poner churros con chocolate en la fiesta de la seta! Sería un buen punto, ¡con el frío que hacía por allí!, pensó acercándose a la chimenea donde ardían unos leños.

Él la siguió sin dejar de quejarse.

—Las jornadas micológicas se celebran desde hace tres años y tienen mucho éxito tal y como están. ¡No necesitamos una fiesta!

—Pero las chicas están emocionadas con la idea... ¡Y los hombres también! —insistió ella, volviéndose a mirarlo—. A todos les hace muchísima ilusión que haya un baile en el pueblo. A los pobres les falta un poco de vidilla, de mover el esqueleto, ya sabes.

—Ya. ¿Y se puede saber quién ará el gasto que supone en comida, bebida...? —preguntó, mirándola fijamente—. ¡Y con cava, ni más ni menos!

—¡Y una banda de música, que lo ha prometido el alcalde! —exclamó Claudia, entusiasmada. Al ver que él no se bajaba del burro, agregó—. Venga, hombre. No seas cenizo. —Y como él seguía sin dar su brazo a torcer, probó con la técnica de la nostalgia—: No me digas que no te gustan las fiestas, el bailoteo, la juerguecilla sana... ¡Recuerda tus años jóvenes! Esa chica que te gustaba, la música de aquella época...

—¿Mis años jóvenes? —repitió él con tono de incredulidad. Se puso delante de ella, con los brazos en jarras, imponente—. ¡Yo todavía soy joven!

Ella se tomó su tiempo en mirarlo de arriba abajo y se detuvo a la altura de sus ojos castaños, que le devolvieron la mirada desafiantes.

—¿En serio? Porque, sinceramente, cualquiera lo diría... Pareces más viejo que todos ellos juntos, Darío puntos suspensivos —se rio ella.

Pero a él no le hizo ni pizca de gracia el juego de palabras con su apellido; más bien al contrario, se molestó.

—Es posible. Sin embargo, lo prefiero a ser el eterno Peter Pan con su Campanilla de turno —

replicó él, señalándola con el dedo—. ¡Y deja de organizar cosas que me incumben a mis espaldas! Recuerda que tú trabajas para mí, no al revés.

—Claro, jefe.

En ese instante, Claudia decidió que no le diría nada de los talleres que había solicitado para las chicas. Con ese genio que se gastaba, pondría el grito en el cielo.

Él se dio media vuelta y de camino hacia la puerta le dijo:

—Me voy a la ciudad. Volveré tarde. Puedes prepararte lo que quieras en la cocina.

Estupendo. Así que esa era la forma que tenía Darío Coma en resolver los conflictos: ¡escapar a casa de esa amiguita secreta para desfogarse! Con un gruñido de rabia, cogió las pinzas y empujó con ganas un tronco dentro del fuego.

## CAPÍTULO 7

El jueves Darío se dio cuenta de que todavía no había solucionado el asunto del alojamiento de Claudia durante el fin de semana. Le había dicho a Ana que viniera a limpiar y preparar la habitación para los huéspedes que llegarían al día siguiente, pero ¿dónde dormiría Claudia? Cogió la llave del cuarto de servicio que ocupaba un extremo del último piso, en un alerón del tejado y entró. Un terrible olor a moho y humedad que presagiaba lo peor, le hizo arrugar la nariz. Al subir la persiana y dejar pasar la luz a la habitación, comprobó lo que se temía: había una enorme mancha oscura en la esquina, bajo el tejado donde habían crecido algo parecido a unos hongos blanquecinos. Y el olor a humedad era irrespirable. No podría alojar a Claudia ahí ni aunque quisiera castigarla; podría coger cualquier enfermedad respiratoria o algo peor. ¿Qué podía hacer? Imposible dejarla en una habitación del hotel, estaban todas reservadas para el fin de semana, y no había ningún otro cuarto libre en toda la casa salvo...

—¿En tu buhardilla? ¿No es un poco raro eso de que tenga que dormir en el apartamento de mi jefe? —Claudia dejó de colocar los ramitos de flores silvestres que había arrancado de los alrededores y se volvió hacia él. Se había recogido el pelo largo y rizado en un moño bajo que le despejaba la cara y resaltaba esos ojos grandes y verdes, como de niña eternamente sorprendida, que tanto le llamaron la atención desde el primer día.

—Es lo único que puedo ofrecerte. O eso, o tendrías que irte al pueblo de al lado, donde hay una pensión barata.

—Ni hablar. Me prometiste alojamiento con el trabajo —respondió ella de inmediato, sin dejar de colocar florecitas.

Lo cierto es que tenía mucha maña con los arreglos de las flores. La había visto salir cada mañana temprano con una cesta colgada del brazo y las tijeras, en dirección al prado más cercano, donde cortaba ramilletes de florecillas que él no sabía ni que existían. Luego, ya en el comedor del hotel, mezclaba flores con hojas de plantas verdes y llenaba con el arreglo cada uno de los pequeños jarrones que adornaban las mesas del desayuno.

—Pues mi buhardilla es lo que te puedo ofrecer. Será solo el fin de semana. Tú dormirás en mi habitación y yo dormiré en el sofá.

Darío pensó que se resistiría, pero para su sorpresa, su expresión se suavizó y su boca esbozó una sonrisa conciliadora. Parecía que ya se habían pasado los negros nubarrones que habían sobrevolado su relación desde la «pequeña discusión» que mantuvieron dos días atrás.

—No hace falta que me dejes tu habitación. Estoy acostumbrada a dormir en sofás, no te preocupes. He sido okupa en las casas de mis amigas durante varios años.

—Me lo puedo imaginar —se burló él.

—Ja, ja —le respondió ella sin un asomo de risa—. Me quedo con tu cama, entonces. Espero que no ronques. Tengo el sueño ligero y no soporto los ronquidos.

—Ja, ja —la imitó él—. Yo jamás he roncado. Espero que tú tampoco.

Por suerte para ambos, el teléfono móvil de Claudia comenzó a sonar e interrumpió la conversación que comenzaba a torcerse, muy a su pesar. Daba igual. Al menos, ya había solucionado el tema del alojamiento de Claudia. Un problema menos en qué pensar.

Claudia miró la pantalla del móvil antes de descolgar. Le aparecía un número desconocido, por lo que dudó si contestar. Estaba cansada de llamadas comerciales o contestadores automáticos de no se sabía dónde. Sin embargo, lo descolgó.

—¿Sí?

—Llamo del Instituto Aragonés de Servicios Sociales. —Claudia se irguió de pronto y comprobó que Darío se hubiera alejado lo suficiente como para no oír la conversación—. ¿Es usted Claudia Tormes?

—Sí, soy yo.

—La llamo porque en su solicitud de talleres para mayores en la comarca de Vallehondo falta alguna información que necesitamos, como los datos del monitor o monitora propuesto para impartir los talleres. Sin eso, no podremos tener en cuenta su solicitud. Por otra parte, las propuestas de actividades deben tener una duración de seis meses como mínimo, ya que se ofertan durante los meses de otoño e invierno. Las tardes se le hacen muy largas a nuestros mayores.

Tuvo que pensar rápido. Ella podría hacerlo, por supuesto, pero eso suponía instalarse en Vallehondo los próximos seis meses. Seis meses tal vez se le hicieran demasiado largos allí, en plena naturaleza, rodeada de montañas, valles preciosos, gente encantadora y... un frío matador. Por otra parte, le estaban ofreciendo un empleo de algo que le encantaba y donde ella sería su propia jefa.

«Pero ¿seis meses, Claudia? ¿Qué pasa con mi apartamento, mis amigas, mi vida? ¿Qué vida ni qué ocho cuartos, Claudia! ¡Pero si tu vida en estos momentos es un auténtico desastre!», se dijo.

Esa era la cruda y verdadera realidad. Su vida era un desastre. Por otra parte, el tiempo volaba y antes de que pudiera darse cuenta, estarían prácticamente en primavera. Además, el hecho de contar con otro sueldo le permitiría buscarse un sitio propio donde vivir sin necesidad de convivir con su jefe las veinticuatro horas del día. Tendría que hablarlo con Darío para conocer qué planes tenía respecto a ella, pero... ¿por qué no?, se dijo. ¿Lo hacía? ¿Se lanzaba?

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —oyó que preguntaba la voz de la funcionaria al otro lado del teléfono.

Claudia a la de una, Claudia a la de dos, Claudia a la de tres...

—La persona responsable seré yo misma. ¿Hay algún problema con eso? —decidió sin pensarlo más. Era una oportunidad que no podía dejar escapar. Si algo fallaba, ya tendría ocasión de regresar a su apartamento en la ciudad.

—No, ninguno. En la conserjería estamos deseando que se presenten solicitudes de actividades para nuestros ancianos del medio rural. No recibimos demasiadas propuestas, no se crea. Necesitaremos que nos mande su currículum y los documentos que acreditan que tiene la formación necesaria para impartir los talleres, eso sí.

—No hay problema. —Otra cosa no, pero certificados y títulos tenía para dar y tomar, después de la cantidad de cursillos que había hecho en los últimos años.

—Pues con eso, ya estaría: hemos tramitado cinco talleres para un total de quince personas en Vallehondo y alrededores, que se impartirán en el centro cultural del pueblo durante seis meses a empezar en el mes de noviembre. En unos días enviaremos al consistorio de la localidad la

respuesta administrativa a su solicitud y la carpeta con los requerimientos estipulados para la celebración de talleres financiados con dinero público, para que sea el propio ayuntamiento quien lleve el control de la actividad.

—Estupendo. ¡Qué ilusión! ¡Ya tengo ganas de empezar!

La mujer al otro lado del teléfono soltó una breve carcajada.

—Espero que me digas lo mismo dentro de seis meses, cuando termines.

## CAPÍTULO 8

Sin embargo, Claudia no tuvo tiempo de regodearse con su buena suerte por haber conseguido dos empleos en unos pocos días ni para pensar en cómo le iba a decir a Darío que iba a dedicar parte de su tiempo a impartir cursos a las chicas.

Al día siguiente, antes de la puesta de sol, empezaron a llegar los primeros huéspedes y, desde entonces, no había parado. Darío había salido a darles la bienvenida y los había conducido hasta sus habitaciones, ayudándolos con las maletas, mientras ella le echaba una mano a Teresa, quien daba los últimos toques a la cena en la cocina. El hotel había colgado el cartel de «completo» y en el restaurante hacía días que no se cogían más reservas.

Por la noche, el comedor estaba abarrotado y apenas había distancia suficiente entre las mesas para que Claudia pasara entre los comensales, anotando comandas y llevando platos y bebidas. Darío también servía mesas, llenaba copas de vino, daba conversación a los huéspedes y, en general, procuraba estar en el sitio en el que más necesario fuera en cada momento.

A Claudia tenerlo tan cerca le daba confianza. Salvo lo que había aprendido trabajando en el bar del pueblo, no tenía demasiada experiencia como camarera, y Darío tenía un sexto sentido y unos increíbles reflejos para evitar accidentes. Gracias a su oportuna intervención, había impedido que Claudia, que en un momento dado se inclinaba para responder a la pregunta de una clienta, derramara la sopa sobre la calva de su marido y, más tarde, la había sujetado justo cuando tropezó con la pata de una silla, logrando salvar de la destrucción los numerosos vasos y bebidas que llevaba en la bandeja.

Sí, se dijo Claudia, mirando un segundo el rostro moreno y atractivo de su jefe, tenía que reconocer que Darío y ella formaban un buen equipo.

Cuando por fin los últimos comensales se terminaron sus copas y se levantaron de la mesa, ya era de madrugada. Claudia estaba agotada, apenas le había dado tiempo a picotear algo mientras recogía las mesas y ayudaba a Teresa y a su jefe a recoger la cocina.

Muerta de cansancio y medio dormida, se despidió de la mujer. Darío se había ido un rato antes para comprobar que todo estuviera en orden y las puertas del hotel bien cerradas. Pero Claudia aún tuvo que llamar la atención a dos de los huéspedes que charlaban en un tono de voz demasiado alto en el salón del hotel.

Pensó que su jefe estaría ya dormido y ella no había tenido la precaución de pedir un duplicado de la llave de su habitación. La recepción estaba desierta. Así que cogió la llave maestra de la parte baja del mostrador y subió hasta el último piso del hotel, arrastrando los pies.

Abrió con cuidado para no despertarlo. Pero, apenas había dado dos pasos dentro de la habitación cuando él la sorprendió saliendo del cuarto de baño, vestido únicamente con unos

pantalones vaqueros y una toalla en las manos.

—Pensaba que tenía que ir a rescatarte.

Ella recobró su desparpajo habitual cuando estaba ante Darío.

—He ejercido de mala anfitriona y he echado a los cuatro que quedaban. Si mañana tienes alguna queja, diles que soy una desequilibrada y tú el buen samaritano que me acoges. —Se dejó caer en el sillón, junto a una ventana—. Estoy muerta. No me llames hasta que amanezca. ¿Tienes una manta por ahí para que me tape?

—¿Es que piensas dormir ahí? —señaló él el asiento que Claudia ocupaba.

—Pues claro.

—De eso nada. Ya habíamos hablado antes de esto. Yo lo haré. Ocupa tú mi cama.

—De eso nada —repitió ella. La conversación del día anterior había sido una broma para ver cómo reaccionaba—. Es tu cuarto, no voy a quitarte...

—Eres mi empleada y mañana quiero que estés al cien por cien. Duermes en la cama, no se hable más.

—Eres mi jefe y mañana tienes que estar despierto para organizar mi trabajo.

—¡Y para seguir cortando leña! —exclamó Darío, divertido con aquel tira y afloja.

—Trabajo duro. Con más razón para que seas tú quien ocupe la cama.

Él se puso serio de repente.

—No voy a ceder en esto. Tú duermes en la cama.

—Tampoco voy a ceder yo. Tú duermes en la cama.

—Está bien. Acepto.

—¿Aceptas?

—Solo si tú aceptas también.

—Acepto también.

—Perfecto.

Solo después de que él contestara se dio cuenta de lo que significaba haber aceptado: iban a dormir juntos. Los dos. En la misma cama. Separados apenas por una ligera tela. Ejem. Se puso nerviosa.

—¿Necesitas usar el cuarto de baño... o puedo usarlo yo ahora?

Él entró un segundo y apareció sin la toalla.

—Yo ya he acabado. Es todo tuyo.

Claudia se demoró mucho más de lo necesario. Cuando salió, la habitación estaba a oscuras y en completo silencio, y se dio cuenta entonces de que no sabía en qué lado de la cama se habría acostado Darío.

—Te he dejado la parte izquierda —dijo él como si le hubiera leído el pensamiento—. Pero si prefieres la otra...

—No, no. Está bien así.

Demorar el momento de acostarse con él era absurdo. Parecería una adolescente vergonzosa, así que se acercó a la cama con decisión, la destapó y se coló dentro.

—Buenas noches —dijo Claudia.

—Buenas noches —contestó él.

Dormiría. «Fin de la cuestión», resolvió ella.

Y pasó un rato, y pasó otro, y otro más que se le hizo eterno. Pendiente de la respiración regular de Darío y de no caerse del colchón era incapaz de dormirse. Empezaba a dolerle la espalda. Se giró con cuidado en el mismo instante en que él lo hacía también.

—¿Tampoco puedes conciliar el sueño? —le preguntó Darío entre susurros.

Claudia sintió sobre la boca su respiración. A poco que se moviera la besaría.

—No.

—Debe de ser el cansancio.

—O la compañía que me pone nerviosa —soltó ella sin pensar.

Y sin pensarlo también, acercó sus labios a los de él y lo besó. Le dio un beso cálido, húmedo, apasionado. Y él lo aceptó con naturalidad.

Se besaron en silencio, se tocaron las caras, se revolviéron el pelo. Adaptaron sus cuerpos. Claudia sintió la dureza de su deseo y se pegó a él con más fuerza. Rodaron sobre la cama. Darío dormía sin camiseta y Claudia tenía vía libre a sus pectorales, a sus abdominales, a su...

—No, no, no. Esto no está bien. Será mejor que duerma en el sillón —decidió él de repente.

¿¡Cómo!?

A partir de ese momento, Claudia tuvo la cama para ella sola, pero aún así le costó dormirse.



Primero se llevó la palma de la mano a la boca y sopló. No. El aliento solo le olía a dentífrico; no iban por ahí los tiros. Luego levantó el brazo y se olisqueó la axila. Tampoco. A pesar de que no había parado en toda la noche y había sudado a mares, el desodorante no la había abandonado.

«Lo que pasa es que eres una torpe, y las escenas de seducción se te dan fatal», se dijo con esa propensión que tenía a machacarse.

Pero ¿de verdad había intentado seducir a su jefe? No había duda posible, lo había intentado y le había salido el tiro por la culata y, encima, ni siquiera había pasado una semana desde que lo había dejado con Sergio. A ver si de pronto se iba a volver un clon de su amiga Alex que era muy fan del refrán ese de «A rey muerto, rey puesto». La diferencia era que si su amiga ponía a un tío en su punto de mira, no tardaba ni media hora en cobrarse su pieza, en cambio ella...

¿Qué era, exactamente, lo que él había dicho antes de saltar de la cama como quien huye del propio diablo? Claudia hizo memoria. «No, no, no. Esto no está bien. Será mejor que duerma en el sillón». Sí, si su memoria no le fallaban, esas habían sido sus palabras exactas.

Las palabras que tendría que haber dicho ella si hubiera sido capaz de mantener la cabeza fría, en vez de pegarse a él como una virgen ansiosa, que nunca antes hubiera conocido varón. Porque su jefe tenía toda la razón; lo que habían hecho no había estado nada bien. Para empezar, claro está, porque él era su jefe; daba muy mal rollo lo de liarse con el jefe de una, al menos a ella siempre se lo había parecido. Para seguir, porque apenas hacía unos días que lo conocía. Para seguir más, porque aún no había guardado el luto suficiente por una relación que había durado casi ocho años. Y, para terminar, porque estaba claro que a Darío en realidad ella no le gustaba... aunque nadie lo habría pensado al ver el modo en el que ha correspondido a sus besos; todavía se le ponía la carne de gallina al recordarlo.

«Y qué iba a hacer el pobre, cuando se le mete una tía en la cama y empieza a acosarlo como si no hubiera un mañana. Además, recuerda a su follamiga, si es que es solo eso. Si hasta las chicas saben de ella, igual es que su relación es mucho más seria de lo que ellas piensan».

Esa voz mental, aunque tendía a dejar su autoestima por los suelos, tenía toda la razón. En realidad no tenía sentido machacarse de esa manera. Era de cajón; metías a una pareja joven y de sangre caliente en la misma cama, uno de ellos medio desnudo, y el resultado no podía ser otro. Y bastante poco había pasado, que podía haber sido mucho peor y ahora estaría lamentándose y

llamándose de todo.

«Que nos conocemos, Claudia», se dijo. «Que tú no eres de las que pasas una noche loca y luego como si nada. En fin, no vale lamentarse por cosas que ya no está en mi mano cambiar, así que lo mejor será que piense en una estrategia para enfrentarme a mi jefe por la mañana con un mínimo de dignidad».

Y pensando, pensando se quedó dormida.

≡ ≡ ≡

—Claudia, Claudia.

Alguien tiraba de su brazo, pero ella estaba demasiado cansada como para gruñir algo más que un poco amistoso: «¡Déjame dormir!».

—Claudia, hay que ir poniendo en marcha los desayunos. Teresa ya ha llegado, pero necesita ayuda y yo tengo que preparar el equipo y los grupos para la salida al monte.

—¿Qué?, ¿Cómo? —Claudia abrió los ojos, medio atontada aún, pero al ver el rostro de Darío a menos de veinte centímetros del suyo, soltó un gritito y se incorporó a toda prisa.

—Tranquila. Lo de ayer... —Darío desvió la mirada unos segundos, antes de posarla de nuevo en ella y asegurarle con firmeza—: Lo de ayer no volverá a suceder.

—¿Ah, no? —Estuvo a punto de hacer un puchero, pero de repente, se espabiló del todo—. ¡Por supuesto que no!

—Vamos a tener que compartir habitación toda la semana y no quiero que pienses que es una estratagema para aprovecharme de ti.

—No, no, claro que no pienso eso. —Claudia se puso como un tomate—. Yo tampoco quiero que pienses que estoy desesperada por sustituir a mi ex. Lo que pasó es que anoche estaba medio dormida y, bueno, con el jaleo y el cansancio y todo eso, por unos segundos te confundí con él.

—¿Me confundiste con él? —Si Claudia hubiera tenido un poco más de seguridad en sí misma, se habría dado cuenta de que su comentario no le había gustado.

—Sí, lo siento —mintió de nuevo; no estaba dispuesta a reconocer que no había punto de comparación entre su forma de besar y la de Sergio. De hecho, su ex no era demasiado aficionado a lo de besarse durante largos minutos, algo que ella siempre había lamentado.

—Bien. Bueno. —Darío carraspeó unas cuantas veces—. En fin, date prisa en ducharte, hoy nos espera otro día intenso.

≡ ≡ ≡

Cuando ya duchada y vestida bajó a la cocina, Teresa le dio los buenos días con visible alivio.

—Menos mal. En pocos minutos los tendremos aquí.

En efecto, los huéspedes empezaron a bajar poco después y a pedir tostadas, café y bollos como si ninguno de ellos hubiera cenado la noche anterior.

Por fin terminaron todos de desayunar. Entre Teresa y ella recogieron las mesas, pero tampoco entonces pudo Claudia derrumbarse en la silla más cercana y relajarse un rato, que en esos momentos era lo que más le apetecía en el mundo, porque Darío, que estaba en el jardín del hotel dividiendo a los huéspedes en dos grupos, la llamó.

—Ya conocéis todos a Claudia, mi ayudante. —Los huéspedes asintieron con la cabeza y, pese

a que ya lo habían hecho en el comedor, le volvieron a dar los buenos días con entusiasmo. Se notaba que todo el mundo estaba de buen humor y dispuesto a pasar una mañana memorable buscando setas—. Cada uno de los grupos tiene un plano con la ruta que debe seguir para no estorbarnos unos a otros. Yo iré con uno de los grupos y Claudia con el otro.

—¿Qué? —Claudia lo miró horrorizada. Una cosa era ser monitora de tiempo libre en campamentos y otra cosa bien distinta era guiar a un grupo de personas por un bosque que no conocía, ni con plano ni sin plano.

—No te asustes. —Se apresuró a tranquilizarla su jefe con una sonrisa que le provocó un cosquilleo en el estómago, y señaló al hombre calvo al que la noche anterior había estado a punto de ponerle la sopa de sombrero—. Vas con Luis, que es un veterano de estas jornadas. Él te guiará, pero quiero que tú tomes nota de los hallazgos de cada uno y verifiques, como te expliqué el otro día, que los novatos cortan las setas de modo correcto para asegurar la producción del año que viene.

Ah, se dijo, Claudia con alivio. Eso sí que se sentía capaz de hacerlo.

—Muy bien. —Darío dio un par de palmadas—. Entonces, cada grupo buscará en la zona acotada y nos reuniremos de nuevo aquí a las doce en punto para clasificar las setas, eliminar las que puedan ser venenosas, elegir la de mayor tamaño y darle tiempo a Teresa para que las prepare con ese arte que tiene ella y que ya muchos de vosotros conocéis. —Tuvo que callarse un momento, hasta que terminaron las ovaciones—. Mañana repetiremos la jugada, así como el fin de semana que viene, y el que tenga más puntos al final de las jornadas, ganará el concurso. ¿De acuer...?

—Solo una cosa más —lo interrumpió Claudia—. El sábado que viene, después de elegir al ganador habrá fiesta para todos, con cava, orquesta y un montón de sorpresas más, así que no os olvidéis de decírselo a todo el que le apetezca venir, porque va a ser una pasada. La entrada solo costará diez euros.

De nuevo estallaron los aplausos y los gritos de entusiasmo, y Darío sacudió la cabeza —aún no estaba seguro de que aquella fuera una buena idea— antes de intervenir una vez más:

—Entonces, ¿listos para empezar?

—Síiii —gritaron todos con entusiasmo.

—Pues ¡que empiecen los juegos del hambre y podamos disfrutar todos de unos de los frutos más deliciosos del bosque!

## CAPÍTULO 9

—¿«Los juegos del hambre», compañera? —le dijo cuando se acercó a entregarle el bloc de notas, un bolígrafo y un silbato plateado, que le colgó al cuello—. Me parece a mí que tú has visto demasiadas películas.

Ella le regaló una de esas sonrisas deslumbrantes con las que era capaz de desarmar a cualquiera. También a él. Había algo en Claudia que no dejaba de admirarlo: la facilidad que tenía para conectar con la gente y generar buen ambiente a su alrededor. Buen rollo, vamos. Nunca el bar y el centro cultural había estado tan concurrido y animado como lo estaba desde que apareció ella. Era algo inexplicable para alguien como él, que huía de las multitudes, prefería las relaciones de tú a tú y no tenía ni el más mínimo interés en mostrar sus deseos o emociones a la primera persona que se le presentaba. Ni siquiera a los que conocía de hacía tiempo.

Cuando se instaló a vivir en el pueblo, tardó casi dos meses en acercarse al centro cultural para conocer a la docena de ancianos que eran sus vecinos. Y eso que mientras duraron las obras del hotel, siempre aparecía alguien dispuesto a charlar un rato mientras curioseaba lo que hacía. Le sugerían arreglos, le indicaban dónde podría encontrar tal o cual material, le contaban las rencillas que había entre fulanito y menganito a cuenta de un corral o de una tierra. Al principio, le molestaba. Luego se dio cuenta de que, en realidad, era la forma que tenían de invitarlo a formar parte de la vida del pueblo. Con el tiempo, le había cogido cariño a esa pandilla de ancianos y ancianas que lo trataban casi como si fuera el hijo o el nieto de cada uno de ellos. Se preocupaban por él, lo respetaban y a menudo, acudían a él como árbitro en sus disputas.

Pero desde que había llegado Claudia, se había dado cuenta de sutiles cambios en los comportamientos de sus vecinos. De repente, el centro cultural se había convertido en el punto de reunión, discusión, celebración y entretenimiento del pueblo, con su empleada como principal animadora. Aparecieron por ahí vecinos que llevaban tiempo sin salir de su casa; los oía discutir y reírse como nunca antes y cuando se marchaban, parecían caminar más alegres y contentos. Y todo por culpa del «efecto Claudia» que, por lo que estaba comprobando, también comenzaba a afectarle a él y a sus propios huéspedes del hotel.

—No tienes ni idea, Darío Coma —replicó ella, con un deje burlón en la voz—. Hay que ponerle un poco de cariño y emoción a las cosas, si quieres que los huéspedes se lleven un recuerdo maravilloso de este sitio y quieran volver. Juegos, bailes, concursos gastronómicos... La gente quiere eso, ¡disfrutar una experiencia inolvidable en este maravilloso lugar! —exclamó, con los brazos abiertos.

Él meneó la cabeza sin dejar de sonreír. Luego recogió su propia cesta del suelo y añadió:

—De acuerdo, organízalo como quieras. Pero no hagas tonterías. Y si ocurre algo, ya sabes:

silba. Sabes silbar, ¿verdad?

Ella se llevó el silbato a la boca y sosteniéndolo en su boca de manera provocadora, le retó:

—¿Estás de coña? En mi campamento, fui campeona de silbidos dos años seguidos. Mira mis labios.

Los ojos de Darío obedecieron inmediatamente y se posaron en esos labios suaves y jugosos que tanto le había gustado besar la noche anterior. Joder. Todavía no sabía cómo había sido capaz de resistir el impulso de devorarle la boca y desnudarla a mordiscos allí mismo, en su propia cama. Había necesitado repasar mentalmente la previsión de reservas de habitaciones del otoño para enfriarse y alejarse de ella, porque si algo tenía claro era que liarse con su mejor empleada solo le traería problemas y complicaciones.

—Pues entonces no te digo nada más. Simplemente, ve con cuidado, caperucita —bromeó y se dio media vuelta antes de arrepentirse, una vez más, de alejarse de ella.



Claudia fingió reírle la gracia un segundo, se encasquetó el gorrito de lana verde sobre la melena rizada y observó cómo su jefe emprendía la marcha por uno de los senderos, seguido de una fila de personas que se esforzaba por mantener su ritmo.

Quizá él se conociera el bosque al dedillo, pero ella sabía cómo hacer que la gente se lo pasara bien, y eso era, precisamente, lo que pensaba hacer con el grupo que le había asignado: además de Luis, había tres parejitas jóvenes y un matrimonio con dos hijos adolescentes a los que se les notaba a la legua que desearían estar en cualquier otro lugar del mundo, excepto allí.

—¿Estamos listos? —preguntó, reuniéndolos a todos a su alrededor—. Aunque tengamos a nuestro experto micólogo para guiarnos, avanzad siempre en parejas, no os separéis demasiado u os dejaré sordos con mi silbato. ¡No queremos que se nos quede nadie atrás! Si veis que falta alguien, avisad lo antes posible.

—No habrá lobos en la zona, ¿verdad? —preguntó una chica que se había presentado como Noelia, vestida con un modelito de montaña de una lujosa marca de moda.

—¿Lobos? No. Todo lo más, zorros o gamos —respondió Luis, que al ver la cara de susto que ponía, agregó—: Pero hasta ahora, nunca han aparecido en nuestra ruta y además, suelen salir al atardecer, en busca de agua y comida.

—Pues a mí no me importaría encontrarme con un bicho de esos... —dijo Marcos, el novio de Miss Montaña.

—¡A mí me encantaría ver un ciervo como Bambi! —exclamó otra mujer.

A la vista del interés que habían suscitado los animalitos, a Claudia se le ocurrió una idea.

—¿Sabéis qué? Habrá una sorpresa especial para aquellos que consigan hacerle una foto a algún animal del bosque.

—¿Qué tipo de animal? ¿Valen pájaros? —preguntó uno de los adolescentes, con súbito interés.

—¿Y ardillas? —preguntó también su hermana.

—Cualquier animal —respondió Claudia, satisfecha por haber conseguido interesar a los chicos—. Pero no os distraigáis de nuestro objetivo principal: recolectar setas.

Luis encabezó la marcha siguiendo la ruta marcada, mientras Claudia se quedaba atrás para cerrar el grupo. Aspiró hondo el olor a pino y a tierra mojada que le inundó los pulmones. Pronto se adentraron en una zona boscosa donde el anciano les indicó por dónde podían comenzar a

buscar y cada pareja se desplegó en abanico por allí, bajo la atenta mirada de Claudia, que no quería perder de vista a nadie. No tardó en escuchar los gritos de júbilo de una de las parejas tras hallar un buen ramillete de hongos y, a partir de ese instante, se pasó las siguientes dos horas corriendo de un lado a otro para revisar que cortaran los tallos por el lugar correcto, tomar fotos de los ejemplares más grandes y anotar cantidades.

—¡Claudia! ¡Le he sacado una foto a un pájaro carpintero! —exclamó la adolescente, corriendo hacia ella con el móvil en alto.

—Eso no es nada, ¡yo he pillado una culebra! —replicó su hermano.

—Pues creo que Miss Montaña se está haciendo un selfie de lo más arriesgado —dijo la madre de los chicos, señalando una gran roca con forma de órgano en la que estaba la chica.

A Claudia casi le da un patatús de verla allí subida, con el palito del selfie extendido, haciendo equilibrios. Agarró el silbato y sopló con todas sus fuerzas, al tiempo que corría hacia allí.

—¿Estás loca? ¡Bájate de ahí, que te puedes caer! —Pero la chica no parecía escucharla y cada vez ponía posturas más arriesgadas para conseguir la foto deseada. Claudia notaba el corazón a mil por hora—. Pero, ¿qué haces? ¿Quieres bajarte de ahí, por favor?

Por fin la chica se dignó a mirarla y bajó el móvil con una mueca de fastidio.

—No sé por qué te pones así. No pasa nada, está todo controlado. A cada sitio que voy, me hago una foto en una situación extrema. ¡A mis seguidores les encantan! —y justo cuando lo decía, se le enganchó el zapato en una grieta, se balanceó un segundo hacia atrás y estuvo a punto de caerse.

—¡Cuidado! —chilló Claudia, horrorizada—. ¡Agárrate bien!

Rápidamente, buscó un sitio por el que ascender, pero antes de que pudiera levantar el pie del suelo, apareció corriendo Marcos, el novio de la chica y comenzó a trepar como si fuera un gato, maldiciendo en todos los idiomas posibles.

—¡Hay que joderse! ¡Me cago en la puta, Noelia! ¡Ni se te ocurra moverte! —gritó—. ¿No habíamos quedado en que ya no nos íbamos a hacer más selfies en las alturas? ¿No escarmentaste lo suficiente la última vez?

«Al parecer, no», se dijo Claudia una vez que pudo respirar tranquila al verlos bajar juntos, sanos y salvos. El resto del grupo se había congregado alrededor y observaba la escena con expectación. Claudia miró el reloj: faltaba media hora para las doce y de una ojeada, comprobó que las cestas tenían bastantes setas en su interior. Por ese día, ya habían tenido suficiente.

—¡Ya es hora de regresar, chicos! Coged vuestras cestas y nos vamos. Luis irá delante, así que seguidlo sin despistaros.

Cuando apenas habían recorrido doscientos metros ladera abajo, Noelia se detuvo de golpe, se volvió hacia atrás y exclamó:

—¡Mi mochila! ¡Me la he dejado en lo alto de la roca! ¡Tengo que volver a por ella!

—Ya no podemos volver, hay que seguir —dijo Claudia, que veía cómo el resto del grupo continuaba la marcha.

—Pero allí tengo todas mis cosas, mi cartera, mis gafas, mis llaves...

—Joder, Noelia... —protestó Marcos, visiblemente harto—. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Es que no puedes tener más cuidado?

—¡Ha sido por tu culpa, porque me has metido prisa para bajar de allí y claro, no me he dado cuenta de que no llevaba la mochila —gimoteó, como si fuera una niña pequeña.

—¿Encima es culpa mía? —replicó el chico, indignado.

La cosa se estaba poniendo cada vez más fea y lo último que Claudia deseaba en ese momento

era un drama amoroso en mitad del bosque. Además, el resto del grupo había continuado y corrían el riesgo de alejarse demasiado.

—Mirad, no os preocupéis, ya voy yo —dijo Claudia, mientras intentaba tomar referencias del lugar en el que se encontraban, muy cerca ya del sendero que les llevaría hasta el hotel—. Vosotros seguid al resto, que yo vuelvo en una carrera y la cojo. Tomad mis cosas, así iré más rápido. —Les tendió los papeles y la pequeña mochila—. Avisad a Luis y a Darío de que he vuelto a por la mochila y que llegaré un poco más tarde.

≡ ≡ ≡

—Que ha hecho ¿qué? —gritó Darío al escuchar las explicaciones de Marcos sobre dónde se había metido su ayudante—. ¿Es que se ha vuelto loca? ¿Cómo se le ocurre?

—No ha sido culpa suya. Noelia estaba muy disgustada y ha insistido... Y estábamos cerca del lugar donde habíamos dejado la mochila. Habría ido yo, pero creí que ella conocía mejor el sitio... —se intentó excusar el compungido novio.

—Yo no me he enterado hasta llegar aquí —contestó Luis cuando le preguntó Darío—. De todas formas, no te preocupes. Hemos estado toda la mañana en el pinar que hay junto a la roca de los órganos, no tiene pérdida. Allí estará.

Tal vez, pero no dejaba de inquietarle el hecho de que se hubiera quedado sola en el bosque, sin conocer la zona. Claudia estaba bajo su responsabilidad, si le pasaba algo...

—¡Teresa! —llamó a voz en grito en dirección a la cocina del hotel. La anciana salió visiblemente alarmada. No era normal que Darío voceara así—. ¿Os podéis encargar Luis y tú de revisar los cestos y seleccionar las setas? Yo voy a buscar a esa loca de Claudia, que ha vuelto al bosque a por una mochila.

—Claro, vete corriendo, no vaya a ser que ocurra una desgracia. Nosotros nos encargamos.

Cogió su mochila con cuerdas, algunos mosquetones, una pequeña manta térmica y una botella de agua y se adentró por el mismo sendero que había recorrido el grupo unas horas antes. Lo primero que intentó fue llamarla al móvil, pero en seguida le saltó el mensaje de que el teléfono no tenía cobertura. Había ciertos lugares en la montaña en la que la cobertura era peor, así que no le extrañó demasiado. Continuó la marcha sin dejar de vigilar cualquier movimiento o ruido en la espesura, por si veía aparecer de pronto a Claudia. ¿Cómo se podía ser tan inconsciente? Nadie en su sano juicio se mete en un bosque que no conoce, a solas...

Al acercarse al pinar donde habían recolectado las setas el grupo de Claudia, no vio a nadie. Aquello estaba muy solitario y silencioso. Se puso las manos en la boca a modo de altavoz y la llamó bien alto. Esperó alguna respuesta, pero nada.

«¡Joder! ¿Y si se ha despistado y ha cogido otro camino?», pensó haciendo un giro de trescientos sesenta grados por si veía algo extraño alrededor. Vio la roca a lo lejos y se dirigió hacia ella. Allí era donde se suponía que se habían dejado la mochila olvidada, ¿no? Y sin embargo, no había ni rastro de mochila ni de Claudia.

—¡Claudia! —volvió a llamarla. De pronto, escuchó un silbido débil, como si saliera del interior de la roca—. ¡Claudia! ¿Dónde estás? ¡Grita otra vez! ¡No te veo!

De nuevo volvió a escuchar el silbido, aunque no conseguía identificar de dónde procedía. Rodeó despacio la gran mole de granito hasta llegar a la parte trasera, una pared alta de unos seis metros de alto, más lisa e inaccesible que por delante.

—¿Claudia? —volvió a llamar.

—¡Darío! ¡Estoy aquí! —Esta vez oyó su voz con toda claridad. Al mirar hacia arriba, descubrió a Claudia de pie sobre un pequeño saliente aislado en la roca, situado a poco más de metro y medio de la cima. No sabía cómo demonios había llegado a ese punto, pero lo que estaba claro era que no podría salir de allí sola—. ¡Ayúdame! ¡No puedo bajar!

Por un instante, Darío respiró aliviado al verla allí arriba, con su gorrito de lana verde. Pero en seguida, el alivio se transformó en un enfado mayúsculo.

—¡Debería dejarte ahí un día entero, para que escarmientes! ¿Te das cuenta del susto que nos has dado? ¿Qué habría ocurrido si te pasa algo?

—Vale, pero no me ha pasado nada y quiero bajar de aquí, por favor.... —suplicó.

Sin embargo, Darío no hizo amago de moverse.

—Creo que te voy a dejar un rato ahí, por inconsciente.

—¡No he sido ninguna inconsciente! —protestó ella—. Hice lo que me pareció más fácil y mejor para todos. Si no hubiera sido por un pequeño fallo de cálculo, ya estaría de vuelta en el hotel.

—¿Un pequeño fallo de cálculo? ¿Y si no hubiera venido nadie a por ti? ¿Y si no te hubiéramos encontrado?

—¡No digas tonterías! Luis sabía dónde estaba, y ese chico... Marcos, ¡también! Esto solo ha sido mala suerte. Podría haberle pasado a cualquiera, ¡incluso a ti!

Él soltó una carcajada tan grande que debió oírse en todo el bosque.

—Voy a subir por la parte delantera. Te avisaré cuando esté arriba. Tú quédate quieta y espérame ¿vale?

—Tú tranquilo, que de aquí no me muevo.



Cuando al fin consiguió salir de allí y pisar la tierra húmeda del monte, a Claudia le entró un tembleque incontrolable de pies a cabeza. Por más que se frotaba los brazos, no conseguía dominarlo. El cuerpo entero le temblaba como un flan.

—¿Tienes frío? —le preguntó Darío con gesto preocupado.

—No. Sí. No sé...

Él sacó la manta de su mochila, la rodeó con ella y le frotó el cuerpo con cuidado.

—Debe de ser una reacción nerviosa después de la tensión del momento. Siéntate un rato mientras se te pasa —dijo, señalando una piedra.

Ella asintió, en silencio. Le castañeteaban los dientes de una forma ridícula.

—Lo que me faltaba; una crisis nerviosa por culpa de una mochila olvidada.

—Es algo pasajero, no te preocupes. —Le tendió la botella de agua—. Bebe un poco, te vendrá bien.

Claudia dio un trago y luego volvió a arrebujarse en la manta.

—Pro... prometo no volver a meterme en lí... líos al menos, durante los pró... próximos tres meses.

Darío le pasó el brazo por los hombros y la estrechó contra sí, sonriendo.

—Me temo que es algo que no puedes evitar. No sé cómo lo haces, pero desde que llegaste, has puesto el pueblo patas arriba.

—¿Es eso malo? Solo pretendo que la gente se sienta bien —murmuró. De pronto recordó algo. Metió la mano en el bolsillo y la abrió para sacar un puñado de castañas que le ofreció—:

Las he cogido cuando venía hacia aquí, he pensado que podíamos asarlas esta noche en la chimenea... Me encanta el olor de las castañas asadas.

Cerró los ojos un instante. Solo de imaginarlo, se sintió mejor.

—Pues no hay más que hablar: esta noche asaremos castañas y nos las comeremos con mi brebaje especial caliente-huesos, según la receta de una meiga de verdad.

—¿Un brebaje? No pretenderás hechizarme, ¿verdad, Darío Coma?

—Me lo estoy pensando... —susurró él, mirándola a los ojos de una manera que le provocó una subida repentina de la temperatura interna en varios grados.

Ella se mordió el labio y desvió la mirada mientras se repetía por dentro: «No me voy a enamorar, no me voy a enamorar, no me voy a enamorar».

—Esto... creo que deberíamos regresar ya. Te recuerdo que todavía tenemos a veinte personas en hotel impacientes por comer las setas que han recogido, y estoy segura de que Teresa y Luis se estarán acordando de nosotros en estos momentos.



Darío se había hecho cargo de las castañas y las había colocado sobre las llamas en una lata con el fondo agujereado. Claudia se había sentado junto al fuego y esperaba aparentando una serenidad que estaba lejos de sentir porque todavía no se le había librado del tembleque que le había entrado cuando él la rescató en el bosque.

Dentro de la lata explotó la piel de una de las castañas. Darío se separó del grupo con el que hablaba, se acercó a la lumbre y movió los frutos con un hierro. Después, se sentó junto a ella.

—¿Qué tal?

—Bien, todo bien —mintió ella forzando una sonrisa.

—Es agradable, ¿verdad? Estar aquí, lejos de la ciudad, sin necesidad de pensar demasiado y apartados de la civilización.

Claudia echó un vistazo al salón del hotel, lleno de gente con una cerveza en la mano, charlando tranquilamente y relatando las aventuras del día.

—¿Me vas a hablar ahora de la tranquilidad del campo? ¿Con toda esa gente detrás de nosotros?

Él soltó una carcajada.

—Nooo. Tranquilidad, ¿quién quiere tranquilidad? El hotel lleno a todas horas es lo que quiero. Sin embargo... Esta gente no me molesta. Me gusta, en realidad. Personas dispuestas a disfrutar de lo que la naturaleza les ofrece, aunque sea por unas horas. Me parecen de alguna manera menos vacías por dentro que aquellas que solo piensan en el éxito, el estatus y el dinero.

—¿No lo dirás por Noelia, nuestra femme fatal de los selfies, no? Debe de tener la cabeza llena, ¡pero de serrín!

—Estoy dispuesto a darle una oportunidad. ¿Tú no?

Claudia se giró hacia un rincón del salón. En la esquina, apoyada sobre su novio, Noelia le hacía una carantoña y él la miraba emocionado. Tuvo envidia de su amor.

—Si, yo también —confesó—. Creo que se la merece.

—Todos nos la merecemos. A veces, las primeras impresiones no son muy acertadas.

Darío se levantó de nuevo para dar un meneo a la lata. Las castañas saltaron en el interior, y volvió a ocupar su lugar junto a ella.

—¿Has dado tú una segunda oportunidad a alguien?

Darío la miró a los ojos.

—¿La verdad?

—La verdad.

—Lo hubiera hecho solo con una persona, pero no tuve ocasión. La relación se acabó y no volvimos a encontrarnos.

—¿No la buscaste?

—¿Para qué? Ella ya estaba con otro.

—Lo siento.

—¿Y tú?

Claudia se mordió los labios antes de contestar.

—Yo tampoco. Ya me conoces, soy chica de decisiones rápidas. Se acabó y se acabó. Como con Sergio.

—Ya, tu novio.

—Mi ex novio —murmuró mientras se convencía de que el pinchazo del estómago no tenía nada que ver con su ex.

Y entonces Darío hizo un gesto para el que no estaba preparada. Puso una mano sobre las suyas y las apretó con delicadeza. Además, se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla: suave, muy suavemente, con cariño, mucha dulzura y toda la ternura del mundo. A Claudia le entraron ganas de llorar de la emoción. Y entonces supo que podría enamorarse de aquel hombre muy fácilmente.

Hubiera sido muy sencillo mover un poco la cara y besarlo en los labios, romper de un plumazo las barreras que los contenían, ignorar a toda aquella gente que los rodeaban y acabar uno en brazos del otro. Él también lo deseaba. Lo sabía.

Pero de repente, las palabras de Sergio resonaron en su cabeza y recordó el dolor, y las lágrimas derramadas durante el viaje a aquel lugar. Se apartó de él y se soltó de sus manos. Se alejó del peligro. Esbozó una ligera sonrisa, nerviosa de nuevo.

—¿Qué sucede? —preguntó Darío, confundido con su reacción.

—Las... castañas... Van a quemarse.

Darío la observó durante unos instantes con intensidad; luego, exhaló un suspiro y se levantó.

Cuando Claudia llegó a la habitación, Darío no estaba. Ni tampoco cuando se despertó. Su lado de la cama estaba completamente intacto. No había pasado la noche en la habitación.

## CAPÍTULO 10

Claudia hizo como que no le importaba y comenzó sus tareas como todas las mañanas. Entre Teresa y ella se bastaron para dar de desayunar a todos los huéspedes y todavía le sobró tiempo para atender la recepción.

Una niña desdentada y con una enorme sonrisa la miraba desde el borde del mostrador. Claudia le entregó la llave de la habitación con un guiño de complicidad.

—Tu habitación tiene un enorme abeto en la puerta y es preciosa. Ya verás como te gusta. Está en la segunda planta. —Se dirigió a los padres de la pequeña al tiempo que señalaba debajo de la escalera—. Podeis subir en el ascensor.

La pareja se dirigió hacia allí con las maletas. Pero la pequeña continuó pegada al mostrador, mirándola con unos enormes ojos oscuros.

—Soy Mireia —le informó muy seria.

—Encantada, Mireia. Yo me llamo Claudia.

—¿Puedo darte un beso?

A Claudia le pareció un gesto encantador. Salió de detrás de la mesa y le plantó dos sonoros besos en las mejillas.

—Vas a pasártelo genial cogiendo setas. Ya lo verás. Además esta noche hay fiesta en el salón. ¿Querrás bailar conmigo?

Mireia asintió con gesto emocionado.

—¡Cariño! —la llamó su madre mientras sujetaba la puerta del ascensor.

—Esta noche nos vemos y me cuentas lo que has visto, ¿vale?

La pequeña asintió de nuevo y salió corriendo. Claudia se quedó mirándola, encantada de haber hecho una nueva amiguita, hasta que la niña desapareció de su vista.

—Veo que ya has buscado pareja para el baile —dijo una voz a su lado.

Se dio la vuelta. Casi se choca con Darío. Él llevaba toda la mañana cortando leña en la parte trasera de la casa para alimentar las chimeneas de las habitaciones. Estaba sofocado y sudoroso. Y muy muy atractivo. Tenía el pelo mojado y la respiración agitada. El pecho le subía y bajaba deprisa, pegado a la camiseta.

Claudia dio un paso atrás para evitar ceder a la tentación de tocarlo. Y, sin embargo, fue incapaz de apartar la mirada del torso de su jefe.

—Yo... sí... ¿qué me decías?

Intentó centrarse en mantener la conversación para no parecer una mujer completamente obnubilada por un hombre. ¿Dónde había pasado la noche? La idea de que hubiera estado en brazos de su follamiga la puso de mal humor.

—Que ya tienes pareja para el baile.

—¿Estás celoso? —dijo burlona.

—¿Y si lo estuviera?

La pregunta quedó flotando en el aire, en el aire que a Claudia le faltaba. Contuvo un jadeo.

—Yo... no... sí...

—¡Ayuda! —Teresa entró a la posada como una exhalación—rapidísima teniendo en cuenta su edad—. ¡Acaba de llegar un autobús lleno! ¡Y vienen a comer aquí! El fin de semana pasado ya estuvimos «a tope» como decís los jóvenes, y de lunes a viernes tampoco hemos parado. ¿Y ayer? Ayer fue un horror, pero ¿esto? Al parecer se ha corrido la voz de que iba a haber una fiesta por todo lo alto como broche final y se ha apuntado un montón de gente con la que no contábamos.

—¿Cincuenta dices? Imposible, tenemos el comedor lleno. Podemos aceptar a unos veinte, pero el resto tendrá que... —empezó a organizar Darío.

—Nada de eso —lo interrumpió Claudia—. Atenderemos a todos. Por suerte, aún hace buen tiempo y podemos sacar las mesas del jardín. Teresa, ¿qué menú podrías preparar para dentro de cuarenta y cinco minutos?

—¿Para cincuenta personas?

—Sí, para atender a todos a la vez. Algo sencillo, típico de estas fechas, un par de platos que encajen bien con un menú llamado «Bosque otoñal».

—Imposible, imposible, no podemos sacarnos ahora cincuenta menús de la chistera —gruñó la mujer.

Claudia y Darío se echaron una mirada de entendimiento y asintieron a la vez. Decidieron al unísono no dejar escapar la oportunidad.

—Venga, Teresa. ¿Qué queda en la cocina en cantidad suficiente para tanta gente?

—Nada. Pan duro, verduras congeladas y un montón de ajos que nos regaló el alcalde.

—Una sopa de ajo —sugirió el dueño de la posada.

—Genial. Recién hecha, todavía humeante con unos trocitos de chorizo. ¿Qué verduras tenemos?

—Alcachofas.

—Teresa, ponlas a cocer. Las alcachofas gustan a todo el mundo. Con unos taquitos de jamón quedarán riquísimas.

—No hay jamón.

—Ayer Eufrasio dijo en el bar que acababa de comprar uno. Darío, vete a su casa y le ofreces veinte euros más de lo que le costó.

—¿Y de segundo?

—¿No son las jornadas micológicas? Por supuesto, un revuelto de setas de cardo con ajitos dorados y dos trocitos de pan tostado.

—¿Y ya está? —masculló la cocinera, que no terminaba de convencerse de que una comida improvisada fuera todo un éxito.

—Y de postre queso y membrillo, de ese tan rico que trajo Antonia el otro día al bar.

—Me paso yo por su casa de regreso de la de Eufrasio —añadió Darío.

—Perfecto. Cada uno a lo suyo. Yo me encargo de mandarlos al bar y de entrenarlos allí. Recordad, cuarenta y cinco minutos, ni uno más.

Cada uno salió para un lado a todo correr, pero antes de desaparecer, Darío le guiñó un ojo. A Claudia le pareció que estaba encantado con sus dotes organizativas.

Llevaba más de media hora sirviendo en el bar sin parar ni a respirar cuando llegó Darío a darle más quebraderos de cabeza.

—Dice Teresa que a la comida le falta aún más de veinte minutos —susurró él en cuanto llegó.

—¿Más de veinte minutos? Pues estos ya han acabado con las cervezas que pidieron.

—¿Qué hacemos ahora para entretenerlos otro rato?

—Habrá que conseguir que se tomen otra ronda. ¿Cómo lo hacemos? Ya lo sé. Yo voy recogiendo los vasos por los grupos y tú te encargas de servirles nuevas comandas.

—Y de cobrarlas.

—Por supuesto. Eso es lo principal.

Formaban un tándem perfecto. Darío se encargó no sólo de que la mayoría de los clientes consumiera de nuevo sino de enterarse de qué habían tomado antes, cuestión importantísima ya que Claudia había olvidado por completo anotarlo.

Para cuando apareció Teresa en la puerta del bar y les hizo una seña de que estaba todo preparado en el hotel, los del autobús tenían todavía los vasos a medio vaciar.

—Hoy no termináis ni a las siete en el restaurante —le dijo Claudia cuando Darío se giró hacia la salida del bar para ir en ayuda de Teresa—. Entre que estos se sientan y comen, os darán la hora de las cenas.

—No te preocupes. Mejor lleno que vacío. Ya descansaremos después. Tú prepárate para luego otra vez, que te los mando para el café. Y cuando termines aquí, a preparar el resto del lío ese del baile en el que te has metido.

—Ese lío, como como tú lo llamas, está preparadísimo. He pensado en todo.

—Hasta en la pareja de baile.

—En todo —respondió Claudia con desparpajo y la esperanza de que él le pidiera un baile; ya encontraría la manera de que su nueva amiguita, Mireia, no se sintiera abandonada.

—Te queda aún toda la tarde para que aparezca tu príncipe azul.

La conversación comenzó a ponerla nerviosa.

—Anda, vete ya que a Teresa le va a dar un ataque como no llegues a tiempo para acomodar a todos estos.

Fue una tarde frenética y no le dio tiempo a pensar de nuevo en aquella conversación. Ni en aquella, ni en ninguna. Por un lado no le gusto no tener tiempo para sus amigos los jugadores habituales de cartas ni para sus chicas «las ganchilleras». Y, por otro lado, se divirtió de lo lindo con los «seteros» —cómo había denominados a los más de doscientos aficionados a las setas que aparecieron por el pueblo y por el bar aquella tarde.

En cuanto oyó las campanas de la torre de la iglesia dando las siete de la tarde, recogió a todo correr, desalojó a los últimos rezagados y se dirigió a toda prisa al almacén, que el alcalde le había cedido para que se pudiera celebrar el baile.

Le dieron las diez sin haber cenado todavía, ocupada como había estado en revisar la colocación de las sillas alrededor de la sala «para que todos se sientan como en casa», la mesa de las bebidas «refrescos y mucha cerveza» y el repertorio de los músicos «aceptados todos los pasodobles, los tangos, algunas bachatas y un poco de salsa, Paquito el chocolatero y la Conga de Jalisco varias veces durante la verbena». Todas esas canciones y un poco de música ochentera crearía el buen ambiente que buscaba.

Cuándo Mireia apareció con sus padres, los habitantes del pueblo ya habían ocupado sus asientos. No había ni rastro de Darío. Pero a partir de que la niña le cogió de la mano, Claudia no

tuvo tiempo para lanzar miradas hacia la puerta de entrada. La pequeña era un torbellino incansable, y muy buena bailarina por cierto, y demandaba toda su atención.

Claudia no se enteró a partir de qué momento el almacén se llenó de gente.

—Cariño, no puedo más —jadeó después de haber liderado una conga por detrás de la niña —. Voy a beber un poco de agua. ¿Quieres que te traiga un vaso para ti?

—Yo no estoy cansada.

—Pues yo estoy muerta.

La niña perdió de pronto el interés hacia ella y se puso a mirar hacia todos los lados.

—¡Voy a buscar a papá y a mamá!

—Me parece una idea fantástica. Yo descansaré un ratito antes de volver a bailar.

La pequeña desapareció por entre los cuerpos de los bailarines que ya ocupaban de nuevo su sitio en el centro de la pista.

Claudia consiguió por fin su vaso de agua y se apartó a una esquina del salón. No ser protagonista de los bailes la divirtió mucho. Le dolían los pies y el resto del cuerpo.

—No estoy ya para estos trotes —masculló mientras se frotaba el gemelo derecho que le dolía horrores.

—¿Tu pareja de baile te ha cambiado por otro? —dijo una voz masculina a su espalda.

No tuvo ni que girarse para saber que era Darío.

—Ya ves —señaló a Mireia, que al parecer había convencido a su padre y ambos ocupaban el centro de la pista. Estaba claro que el rock'an roll era lo suyo.

—¿Te apetece un sustituto? —Su jefe le tendió la mano.

A Claudia se le paró el corazón, pero lo disimuló con una risita.

—¿Tú, bailando?

—Si supieras lo que tiene que hacer un autónomo para mantener su negocio en pie... Bailar es solo la menor de ellas.

A pesar del cansancio acumulado en las piernas, Claudia aceptó en el acto sin dejar de reír.

—Te advierto que soy una experta en baile moderno —lo desafió en cuanto se colocó frente a él.

—Acepto el reto.

—Una, dos y... —comenzó ella a contar para simultanear sus movimientos.

La canción se terminó antes de que le diera tiempo a decir tres y empezaron de nuevo los bailes agarrados. Darío cogió su mano izquierda y la rodeó con la derecha.

—¿Vamos a bailar esto? —titubeó ella.

—¿Te refieres a este pasodoble?

—No tengo ni idea de cómo hacerlo.

Él sacó su sonrisa más encantadora.

—Es muy fácil. Solo tienes que dejarte llevar.

¿Fácil dejarse llevar? Claudia no era de las mujeres que se apoyaban en nadie; llevaba muchos años buscándose la vida y dejar que otra persona controlara sus pasos le dio miedo de repente.

—Soy muy torpe en esto. Será mejor que lo dejemos para otro momento.

Pero Darío comenzó a moverse sin soltarla y ella no tuvo más remedio que seguirlo. En la primera vuelta no sabía donde mirar; en la segunda posó los ojos en su pecho y disfrutó de la sensación de deslizarse por la sala junto a él; y en la tercera..., en la tercera los clavó en sus atrayentes pupilas. Se quedó hipnotizada mirándolo extasiada, como una tonta princesa al príncipe encantador. Las vueltas se sucedieron sin que Claudia se diera cuenta de dónde estaba ni se

preocupara del ridículo que podía estar haciendo comportándose como una chiquilla enamorada. No se percató de las miradas cómplices que cruzaron las chicas ni de los guiños de los hombres, y mucho menos de la seriedad de Teresa, porque solo tenía ojos para él. Y él... él le sonreía continuamente. Y ella... ella no quería que la canción terminara nunca.

Pero los sueños dorados nunca se cumplen y el suyo se resquebrajó de repente, cuando la música cesó.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Ella recobró la lucidez.

—Ha sido genial. Te contrato como profesor de baile —bromeó.

—Tendrá que ser en otro momento. En el hotel todavía queda mucho por hacer.

—Claro, por supuesto, buscaré de nuevo a mi pequeña pareja.

—Se acabó el placer, ahora toca el deber. Luego nos vemos.

«¿Dónde? ¿En su habitación? ¿Volverá a dormir esta noche conmigo?», se preguntó mientras lo miraba detenerse a cada paso para despedirse de los bailarines.

No volvió a verlo en toda la noche. Ni en el salón de baile, ni en el hotel cuando ella por fin se retiró. Aquella noche volvió a pasarla sola.



—Ha sido un fin de semana excelente. Contad con nosotros la próxima vez que organicéis un evento como este. Nos hemos divertido mucho. ¿Verdad, Mireia?

La pequeña daba palmas al otro lado del mostrador de recepción y asentía encantada a las palabras de su madre. Claudia salvó el obstáculo que la separaba de la niña, se agachó y le dio un fuerte abrazo.

—¿Querrás bailar conmigo la próxima vez?

Mireia se aferró a su cuello aún más fuerte.

—Claro, eres mi mejor amiga.

Claudia le plantó dos sonoros besos en ambas mejillas.

—Serás la princesa de la fiesta. Ya lo verás —le aseguró mientras le revolvía el pelo.

Cuando salieron del hotel, se quedó un rato en la puerta, mirando mientras subían al coche y partían, hasta que la familia desapareció de su vista. La sola idea de volver a ver a su pequeña amiga de nuevo le puso de buen humor.

## CAPÍTULO 11

—¿Eran los últimos? —preguntó Darío que apareció por el pasillo de la cocina.

—Sí. Ya se han ido todos.

—Han sido unos días de mucho trajín. Todo ha salido perfectamente.

—A pesar de los agobios de algunas ocasiones. Contentar a cincuenta comensales inesperados es como sacar un conejo de una chistera: pura magia.

—¡Y que lo digas! —rió Darío. Metió las manos en los bolsillos traseros y se acercó a ella aún más—. Quería... quería darte las gracias. La fiesta fue todo un éxito. He pensado que... —Le tendió un sobre.

—¿Qué es esto? —preguntó Claudia mientras lo abría.

La sorpresa se descubrió pronto, cuando sacó unos cuantos billetes de cincuenta euros.

—Es para compensar las horas extras que has hecho al ayudarnos en el comedor, la organización del baile, la excursión...

Claudia hacía mucho que no veía tanto dinero junto.

—¡Muchas gracias! ¡Es genial! —Se dio la vuelta para regresar a su trabajo, pero de repente recordó que tenía que tratar otro tema con él—. ¿Puedo usar la habitación que ocupé los días atrás? Los clientes ya se han ido y debería marcharme... dejarte... librarte de mi... mudarme —dijo al fin.

—Claro, no me había acordado de eso. —¿Lo decía con pena?

—Si te parece, esta noche recogeré las cosas y...

El sonido de una llamada interrumpió la conversación. El que sonaba era el teléfono de Darío.

—Perdona —se disculpó mientras lo sacaba del bolsillo trasero del pantalón—. ¿Sonia? Sí, dime, ¿qué sucede?

—Luego hablamos —le susurró Claudia.

—No, no, no te vayas —murmuró él sin apartar el móvil de la oreja. Pero enseguida quien llamaba por teléfono captó toda su atención—. Tranquilízate, Sonia. ¿Cómo ha sido? No te preocupes.

—...

—¿Estás segura? ¿No estará en casa de algún amigo?

—...

—No te pongas histérica, Sonia.

—...

—Ya ha pasado más veces. Si esperas un rato, aparecerá. No, no, ocupado no pero...

—...

—Voy ahora mismo, pero prométeme que vas a tomarte una tila mientras me esperas.

Colgó el teléfono a toda prisa.

—¿Algún problema grave?

—Sí, bueno, es... una amiga. Tengo que marcharme. Luego hablamos —dijo casi ya en la puerta.

—¿Y el cambio de habitación? —le preguntó ella antes de que se desapareciera.

—No hagas nada hasta que regrese —respondió a punto de cerrar la puerta.

—¿Cómo que no haga nada?

—No sé cuándo volveré: igual antes, igual después de que te acuestes. Puedes quedarte a dormir otra noche en mi cuarto. Mañana hablamos.

La puerta se cerró de golpe y la dejó con un palmo de narices.

—La follamiga es más importante, vamos —farfulló Claudia.

—¿Y Darío? —preguntó alguien a su espalda.

Claudia se dio la vuelta y se encontró con Teresa.

—No está.

—Le he oído hablar hace un momento.

—Se ha marchado. Ha recibido una llamada. Parecía urgente.

Teresa se sobresaltó. La verdad era que la palabra urgente sonaba poco tranquilizadora.

—¿Algo grave?

—No sé. Era.. una chica, una tal Sonia.

—Cualquier día esa mujer le echa el lazo y nos lo quita.

«Me lo quita». Desaparecía de su vida.

Darío no regresó y el buen humor de Claudia tampoco dio señales de vida en todo el día.



En cuanto se despertó al día siguiente, sola en la habitación, decidió que no iba a pasar una noche más en el hotel. Una cosa era trabajar con él, puesto que era su jefe, y otra muy distinta permanecer a su lado las veinticuatro horas; mucho menos ahora, que había quedado claro que él tenía otra mujer en su vida.

Dejó pasar la mañana obligándose cada dos minutos a no pensar más en él. Al principio fue complicado, pero, en cuanto recordó que iba a ser la monitora de manualidades de las ancianas del pueblo y las ideas comenzaron a fluir en su cabeza, fue más sencillo. Ayudó a Teresa a atender a tres grupos de visitantes que se acercaron a la hora de comer y luego se marchó a todo correr al bar para llegar antes de que aparecieran Eusebio, Cosme y el resto de jugadores de cartas. El tiempo se le hizo eterno.

—La joven parece preocupada —comentó Cosme a Eusebio después de desprenderse del único as que tenía.

—¡Chist! —chistó Eusebio para llamar su atención—. ¡Claudia!

Esta salió de su ensimismamiento.

—Perdona, ¿otro café?

—Solo era para asegurarme de que seguías en este mundo.

—Ay, sí, sí. Ayer no dormí bien, es únicamente eso. ¡Angelita, Lucila, Toñi! —Salió de detrás de la barra en cuanto las tres amigas entraron—. ¿Dónde está el resto? ¿Solo venís vosotras?

—¿Qué sucede?

—Tengo una noticia genial.

—Pues cuenta, cuenta... —la animó Toñi mientras se quitaba el abrigo.

—Mejor me espero. Veréis cómo os vais a alegrar.

—¿Qué nervios! ¿No puedes adelantarnos nada?

—Cuando estéis todas. ¿Tomaréis lo de siempre? Pues subid, subid, que enseguida os lo llevo. Tuvo que esperar media hora más para ver a la última entrar por la puerta.

—¿Chicos! El servicio del bar cierra temporalmente —informó a los doce jugadores de cartas mientras salía de detrás del mostrador con la bandeja llena—. Estaré detrás con las chicas. Ya sabéis, para una urgencia, me dáis una voz.

Subió las escaleras más deprisa de lo que dictaba la prudencia y a punto estuvo de volcar el té y la jarra de leche para Angelita y las dos manzanillas de Lucila y Teresa. Esperaba encontrar a las mujeres afanadas en sus labores de ganchillo y charlando sin cesar, como de costumbre; Sin embargo, las encontró completamente calladas y con los ojos clavados en su persona.

—¿Menos mal! —comentó Lucila—. Estamos impacientes. Cuenta, cuenta...

Claudia se rio. Le encantaba tenerlas en ascuas. Decidió hacerles sufrir un poco más y comenzó a servir las bebidas con parsimonia.

—¿Claudia! —la apremió Angelita—. Estamos esperando.

Colocó la tetera en la mesa ante Margarita y apartó la bandeja.

—Vale. Pues allí va la noticia. —Pero todavía esperó un poco más. Vio cómo las mujeres contenían el aliento—. Este invierno no vais a aburriros en el pueblo.

—¿Y eso?

—Como me comentasteis que los meses de frío se os hacían un poco cuesta arriba y que ya estáis hartas de esto del ganchillo y el punto a todas horas... —Las ancianas la observaban con los ojos muy abiertos—. He estado haciendo unas gestiones, llamé a la Consejería de Ocio y Tiempo Libre del gobierno regional y...

—¿Y qué? —preguntaron a coro.

—Nos han concedido la posibilidad de realizar unos talleres.

—¿Talleres de qué? —preguntó Teresa.

—¿Quién nos los ha concedido? —añadió Anabella.

—¿Qué dices que nos han...? —preguntó Lucila.

—¿Cuándo empezamos? —saltaron Angelita y Toñi.

—Si dejáis de preguntar todas a la vez y me dejáis hablar, os cuento todo tranquilamente.

—Vale.

—Venga.

—Empieza.

—Como os decía, me puse en contacto con el Instituto Aragonés de Servicios Sociales y solicité la organización de unos talleres para mayores y... ¿a que no sabéis qué? ¡Yo seré la monitora!

Si Claudia imaginaba que saltarían en las sillas como locas, no acertó en absoluto. Las mujeres se la quedaron mirando como lo haría un chiquillo a la espera de una golosina.

—¿Eso quiere decir que te quedarás todo el invierno? —preguntó Teresa con mucha cautela.

—¿Pues claro! ¿Acaso no os alegráis?

Las mujeres se miraron las unas a las otras. Y de repente, se desató la euforia. Unas la abrazaban, otras la besaban y el resto le daba palmaditas a la espalda.

—Qué ilusión —le susurró Toñi al oído—. Me haces muy feliz.

—¿Cuando empezamos? —insistió Angelita.

—No todavía —rio ella ante su impaciencia—. Primero tengo que organizarme: plantear todas las actividades que podemos hacer, calcular el tiempo que nos llevará cada una de ellas, comprar el material y mil cosas más. Y vosotras tendréis que votar por cuál os apetece empezar. He calculado que en un par de semanas más o menos lo tendré todo listo.

—¿Lo sabe Darío? —comentó Teresa muy seria.

—Se lo diré en cuanto lo vea. No afectará al trabajo que hago.

—¡Claro que no! —la tranquilizó Luisa—. Además, Darío es un chico estupendo. Le parecerá genial. Él ya te tiene el resto de las horas. ¡Si hasta vives en el hotel!

—A propósito de eso, quería pedir os un favor. Ahora que sé que me quedaré una temporada, he pensado en buscar un lugar para mí. No tiene que ser muy grande, una casita, un apartamento... ¿No conoceréis a alguien que quiera alquilar algo por unos meses?

—Entonces, ¿no vas a quedarte con Darío? —le preguntó Lucila.

¿Parecía decepcionada? Angelita le dio un codazo y después le lanzó una sonrisa a Claudia.

—Claro que sí, bonita, preguntaremos por ahí.

## CAPÍTULO 12

Pero, al parecer, sus pesquisas no tuvieron ningún éxito porque, cuando regresó Darío tres días después, Claudia seguía durmiendo en el hotel. Eso sí, había vuelto a la pequeña habitación que ocupaba al principio. Ya no tenía dudas de que la relación de su jefe con la tal Sonia era mucho más seria de lo que las ancianas decían y había decidido no hacerse ilusiones. Cuando viera a Darío se mostraría cordial, pero nada más, se prometió con firmeza. En el fondo, era bueno que se hubiera dado cuenta que aquello no iba a ningún lado antes de que fuera demasiado tarde; habría sido terrible que le hubieran roto el corazón dos veces en menos de dos meses.

—¡Romper el corazón, qué exagerada! Nadie se enamora en serio en tan poco tiempo —dijo en voz alta, tratando de autoconvencerse. Había tardado casi un año en decidirse a salir con Sergio, y a veces pensaba que acabó con él más por su insistencia que por otra cosa. En cambio, lo que sentía por Darío era tan distinto...—. Claro que es distinto, idiota. Lo de Sergio era amor y lo de Darío no es más que sexo.

—¿Decías algo, Claudia?

Vaya, qué oportuno, pensó poniéndose como un tomate. Darío acababa de entrar en el bar, que ya estaba a punto de cerrar, y la había pescado hablando sola como una chiflada.

—Nada, tonterías mías.

Darío la miró con atención mientras ella se ponía a pasar la bayeta por la barra como si estuviera intentando pulirla a muñequilla.

—Me ha dicho Eusebio que vas a dar unos cursos a las chicas.

Vaya, pensó fastidiada. Le habría gustado que se enterase por ella, pero ya debería haber sabido que en los pueblos pequeños era imposible mantener las noticias en secreto por mucho tiempo.

—Espero que no te importe, sería solo por las mañanas, así que podría abrir el bar sin problema por las tardes y ayudarte los fines de semana...

—¿Pretendes matarte a trabajar? —preguntó muy serio.

Claudia se encogió de hombros.

—Los talleres ni siquiera me parecen trabajo, aunque me dijo la del IASS que me van a ar. Con eso y con lo que me das tú, podré instalarme en el pueblo una larga temporada.

—¿De verdad quieres instalarte aquí una larga temporada? —Su evidente incredulidad la molestó. ¿Qué pasaba? ¿Acaso pensaba que el pueblo no era lo suficiente grande para los dos?

—No sé por qué te extrañas tanto. —De pronto, se le pasó el enfado y le lanzó una de esas preciosas sonrisas cuyo efecto ella misma desconocía—. He descubierto que me encanta vivir en este pueblo, me encanta abrir el bar y charlar con la gente de aquí y sé que voy a disfrutar como

una enana impartiendo los cursos a las chicas. La verdad es que lo último que esperaba era que el destino me diera semejante oportunidad, empezaba a estar un poco desesperada, ¿sabes?

Pero Darío no la acompañó en las risas, sino que siguió mirándola con la misma seriedad y una expresión enigmática que fue incapaz de descifrar.

—También me he enterado de que estás buscando alojamiento. ¿Acaso tienes miedo de que intente acosarte o algo así?

La pregunta la sorprendió tanto que se le cayó la bayeta al suelo. Se agachó y estuvo un rato haciendo que la buscaba, en un intento desesperado de ganar un poco de tiempo.

—¿Se ha caído el trapo en un agujero negro o similar? —El tono sarcástico que empleó su jefe le hizo saber que era hora de salir de su escondite.

—Es que se había quedado enganchada en una de las patas de la nevera —dijo a modo de excusa, aunque en vista de bufido que soltó él, no parecía que le hubiera engañado.

Claudia carraspeó unas cuantas veces. Al ver la expresión impaciente de Darío la sexta vez que se aclaró la garganta, se dijo que lo mejor sería coger el toro por los cuernos.

—Por supuesto que no pienso que quieras acosarme ni nada por el estilo. Sin embargo, creo sinceramente que es mejor poner una cierta distancia entre nosotros. Física, me refiero. He notado... —se detuvo y empezó otro furioso carraspeo—. Ejem. He notado que entre nosotros hay un... un algo.

Darío con las caderas apoyadas contra una de las mesas, y los brazos morenos y musculosos que asomaban por las mangas de la camisa de cuadros, cruzados sobre el pecho, enarcó una ceja con gesto irónico.

—«Un algo». ¿Podrías ser un poco más específica, por favor?

Su actitud burlona terminó de enfurecerla y decidió que sería mejor dejarse de rodeos:

—Mira, podrás decir lo que quieras, pero el otro día estuvimos a punto de... ya sabes... tú y yo... en la cama...

—Solo fueron unos besos y un abrazo —la interrumpió.

—Vale. Lo que tú digas. Solo unos besos y un abrazo. Pero ¿sabes qué? —Los ojos castaños brillaban con enfado—. Que no me gusta besarme ni abrazarme con un tipo que tiene novia. Me da miedo que pueda volver a suceder en cualquier momento y, como decía mi abuela que en paz descansa: «Quien evita la ocasión evita el peligro».

—Muy sabia tu abuela.

—Ríete todo lo que quieras, pero negar las cosas no las hace menos ciertas.

—No te enfades. Tienes razón en una cosa: entre nosotros hay «un algo».

Aquella admisión la sorprendió un poco. En los últimos minutos había empezado a pensar que quizá lo había imaginado todo y que ese «un algo» solo estaba en su cabeza. Notó que se le subía la sangre a las mejillas y, para disimular, se puso a frotar con fuerza la barra una vez más.

—¿Quieres dejar de hacer eso? La vas a desgastar.

Al instante, Claudia soltó la bayeta encima de la barra.

—Hagamos una cosa —propuso Darío, rompiendo el súbito silencio que se había hecho—. Seguimos como estamos unos días más y si ves que estás incómoda, me lo dices y buscamos una solución, ¿te parece?

Tanto si le parecía como si no, ahora mismo Claudia no tenía ningún otro sitio a donde ir, así que no le quedó más remedio que aceptar su proposición sin muchas ganas; su abuela también solía decir que quien jugaba con fuego...

Pero su abuela no tenía razón porque ya había pasado un mes y Darío no había vuelto a tocarla, así que ella no había tenido ocasión de quemarse.

—¡Qué desastre! Mira que enamorarte de él. Menuda idiota estás hecha.

Teresa se había marchado a su casa y estaba sola en el restaurante del hotel, terminando de poner las mesas para la cena. Desde que hicieron las jornadas micológicas, los fines de semana tenían el hotel y el restaurante al completo.

—Otra vez hablando sola. —Sobresaltada, Claudia abrió la mano y dejó caer la copa que iba a poner en una de las mesas. Con unos reflejos increíbles, Darío la atrapó al vuelo y la dejó en su sitio con suavidad—. Menos mal que no suelo andar muy lejos de ti, si no habrías acabado ya con la cristalería al completo y con parte de la vajilla.

Claudia lo miró indignada.

—Muy gracioso. La culpa es tuya por pegarme estos sustos.

—Lo siento mucho —pero el brillo divertido de sus increíbles ojos castaños contradecía sus palabras—. Ya he repasado la contabilidad y veo que tú casi has terminado aquí también. ¿Te vienes de paseo?

«Debería negarme», se dijo Claudia.

Sabía que estaba jugando con fuego y no era que antes o después se fuese a quemar, sino que ya estaba completamente abrasada. Como él mismo acababa de decir, Darío no solía andar muy lejos de ella. En el último mes, en cuanto se daba la vuelta ahí estaba él. Por las mañanas solían desayunar juntos en la cocina antes de la llegada de Teresa y organizaban la compra según el número de huéspedes que tuvieran en ese momento, hablaban de los arreglos que había que hacer, o de cualquier otra cosa referente a la marcha del hotel. Después, ella se iba al centro social a impartir el curso que tocara esa semana y, al salir, Darío solía estar esperándola apoyado en la fuente de piedra para dar un paseo y comer algo juntos. Con su jefe había descubierto los sitios más increíbles: valles verdes surcados por arroyos cristalinos, bosques a los que la niebla daba un aspecto fantasmagórico. Incluso habían subido a lo alto de unas montañas en las que ya habían caído las primeras nieves. Cuando regresaban al pueblo, roncacos de tanto hablar, cansados y con las mejillas enrojecidas por el frío, solía ser la hora de abrir el bar.

Si no había mucho trabajo en el hotel, Darío se metía con ella detrás de la barra y la ayudaba a servir a los parroquianos en un ambiente de risas y de comentarios bastante subidos de tono que la hacían ponerse colorada, para regocijo de los presentes.

Sus amigas habían amenazado con ir a visitarla en un par de ocasiones, pero ella se las había quitado de encima con cualquier pretexto. Sabía que en cuanto la vieran con Darío adivinarían que estaba loca por él y no estaba preparada para sus comentarios, ya fueran burlones, de apoyo o de lástima que, conociéndolas como las conocía, seguro que de los tres habría.

Ya abría la boca para decirle a Darío que por supuesto que iría de paseo con él, o hasta el fin del mundo si se lo pidiera cuando...

—¡Sorpresa!

Una guapa morena, vestida con uno de esos plumíferos que debían de costar más de la mitad de lo poco que tenía ahorrado en el banco, entró en tromba en el restaurante, se acercó a Darío, le echó los brazos al cuello y lo besó apasionadamente en la boca.

Sintiendo un agudo dolor, Claudia apartó la mirada incapaz de soportar aquella visión y se disponía a salir sin hacer ruido para dejarlos solos cuando la voz de su jefe la detuvo.

—Espera, Claudia.

Se volvió justo a tiempo de ver a Darío deshaciéndose sin demasiada suavidad de los brazos que se enroscaban en torno a su nuca.

—Tengo... tengo que ir a ver si las chicas...

—Déjala que se vaya amor, hace un montón que no nos vemos —dijo la otra, mimosa, tratando una vez más de colgarse de él.

Si Claudia no hubiera estado tan hecha polvo, le habrían divertido mucho los intentos de la recién llegada de echarle de nuevo los brazos al cuello y los regates de Darío para esquivarla, pero lo último que sentía en esos momentos eran ganas de reír.

—¡Estate quieta, Sonia! ¡Y tú, Claudia, no te muevas! —El tono que empleó Darío fue tan terminante que las dos obedecieron en el acto.

—¿A qué has venido, Sonia?

—¿A qué voy a venir, amorcito? A pasar un fin de semana romántico en tu hotel; en tu cama, para ser más exactos. —En vez de mirarlo a él, la novia de Darío tenía los ojos clavados en Claudia como si, a pesar de sus intentos por disimular, supiera y disfrutara del intenso dolor que le provocaban sus palabras.

—Bueno yo...

—¡He dicho que esperes un momento!

Claudia, quien una vez más se había dado media vuelta dispuesta a salir huyendo de allí, se quedó clavada a dos metros de la puerta y se giró despacio hacia él.

—Déjate de juegucitos, Sonia.

Si era ese el modo en que trataba a sus novias, casi que prefería seguir siendo su amiga, se dijo Claudia sorprendida por ese tono seco y la mirada no menos seca que le lanzó a la morena.

—No sé de qué juegucitos hablas, amor. —La tal Sonia se cruzó de brazos, enfurruñada.

—Bien. Se acabó. Quiero que sepas, Claudia, que Sonia y yo terminamos nuestra... nuestra relación hace ya más de seis meses.

—No hace falta que... ¿Seis meses?!

—En efecto.

Claudia miró a Darío, luego a Sonia, que seguía cruzada de brazos mirando al infinito con cara de aburrimiento, y luego a Darío otra vez.

—No entiendo nada. Si hace seis meses que lo dejasteis, ¿por qué las chicas hablan siempre de tu fo...? —Se detuvo justo a tiempo.

Darío se encogió de hombros.

—A las chicas les encantan los cotilleos, no me parecía bien privarlas de uno de los pocos divertimentos que había en este pueblo antes de que tú llegaras.

—¿Qué chicas? ¿Hay más chicas que te persiguen?

Claudia hizo un gesto con la mano.

—Cállate un momento —dijo sin reparar en la cara de cabreo de la que, hasta ese momento, había considerado la novia de su jefe, y dirigiéndose a este con el ceño fruncido añadió—: ¿Estás intentando decirme que esta y tú no sois novios?

—Me llamo Sonia, bonita.

Pero Claudia seguía con los ojos clavados en el rostro de Darío y no le hizo caso.

—No. En realidad nunca hemos sido novios. Digamos que quedábamos de vez en cuando para cubrir una necesidad de tipo físico.

Claudia abrió los ojos como platos.

—Así que, en efecto, era tu fo... —se apresuró a taparse la boca con la mano.

La aludida puso los brazos en jarras y se enfrentó a ella con expresión amenazadora.

—Sí, nos acostábamos de vez en cuando, pero yo lo amo y no voy a dejar que una insulsa como tú me lo arrebate en mis propias narices.

Darío puso los ojos en blanco.

—¿Quieres dejar de hablar como en una telenovela? —dijo antes de volverse hacia Claudia—. Mira, Claudia, lo cierto es que entre Sonia y yo no hay nada desde hace mucho tiempo.

—Pero yo oí cómo te llamó y acudiste como un perrillo. Tres días fuera, ni más ni menos.

Los ojos de Darío se dulcificaron al posarlos en ella.

—De perrillo nada y me alegro de que lleves la cuenta tan a rajatabla. —Por el modo en que se miraban, podrían haber estado los dos solos en aquel restaurante. Haciendo un visible esfuerzo, su jefe siguió con las explicaciones—: Sonia tiene un hijo con un leve retraso mental y, de vez en cuando, le da por irse de casa. Me llamó para que la ayudara a buscarlo; no es la primera vez que ocurre.

—No sé por qué le cuentas nuestras intimidades a esta.

—Porque no hay ninguna intimidad que contar —replicó Darío, impaciente—. ¿Has vuelto a pelearte con tu ex? Ya te dije la última vez que no me metieras en vuestras movidas.

—Pero ¿tiene otro ex? —Claudia no salía de su asombro.

—El padre del niño. Tienen una relación intermitente y cada vez que se pelean Sonia recurre a mí, pero ya le advertí el mes pasado que era la última vez, que estaba enamorado de una chica y que ya no podía seguir disponiendo de mí a su antojo. ¿Te lo dije o no te lo dije?

Visiblemente desanimada, Sonia se dejó caer en una de las sillas y confesó por fin.

—Sí, me lo dijiste, pero pensé que no lo decías en serio.

—Pues ya ves que sí.

—¿Enamorado de una chica? —intervino Claudia con un hilo de voz, intentando no hacerse ilusiones.

—Una empleada mía que es como un rayo de sol.

Mientras hablaban se devoraban con la mirada.

—Pero si apenas la conoces.

—Pero en el poco tiempo que la he tratado he descubierto que merece la pena luchar por ella.

—No creo que sea necesaria mucha lucha.

—¿Ah, no?

Claudia negó con la cabeza.

—Algo me dice que ella está también colada por ti.

Una tierna sonrisa se dibujó en los labios de su jefe.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

Harta ya de que ninguno de los dos la hiciera caso, Sonia decidió intervenir.

—¿Os importaría dejar esa conversación tan extraña? Se me están poniendo los pelos de punta. ¡Vaya par de raros!

Darío y Claudia se volvieron hacia ella, sobresaltados, se habían olvidado por completo de su presencia. Él fue el primero en reaccionar y cogiendo la mano de Claudia le dijo a su ex:

—Sonia, esta es Claudia, la chica de la que estoy enamorado.

Sonia soltó un bufido impaciente.

—¿Te crees que soy idiota?, ya me lo había imaginado, solo hay que ver cómo te mira con esa carita de cordero degollado. En fin, será mejor que me vaya, creo que en estos momentos estoy de más.

A Claudia le sorprendió lo bien que se lo había tomado; había esperado que montara un buen

alboroto, pero se la veía más resignada que otra cosa.

—Dale recuerdos a Marcos, de mi parte —dijo Darío.

—Se los daré, aunque espero que te pases a verlo de vez en cuando, ya sabes que te ha tomado mucho cariño.

—Lo sé. La próxima vez que vaya a verlo, Claudia me acompañará. —Le apretó la mano un poco más y ella se alegró de que la tuviera bien sujeta, porque se sentía como si en cualquier momento fuera a empezar a flotar en el aire—. Y Sonia, creo que va siendo hora de que vuelvas definitivamente con Luis, es un buen hombre y sabes que está loco por ti.

Sonia se encogió de hombros.

—Lo pensaré. Adiós, Darío —se acercó y le dio un último beso en los labios—. Adiós, Claudia, no sé qué es lo que Darío ha podido ver en ti, pero espero que cuides bien de él.

—Descuida —respondió ella demasiado aturdida para responderle como se merecía.

Sonia salió del restaurante con la misma precipitación con la que había entrado.

—Por fin solos. —Darío tiró de ella hasta pegarla contra su pecho.

Claudia sacudió la cabeza, aún le costaba entender lo que acababa de pasar.

—¿No te parece que ha sido todo un poco extraño?

—No te preocupes, Sonia es así; habría sido una magnífica actriz dramática. En realidad, siempre ha estado enamorada de su ex, pero le gusta llevarlo todo al extremo. Nuestra relación duró apenas un par de meses, pero le cogí cariño a su hijo y nos hemos seguido viendo por él.

—Y, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Quería darte tiempo y darme tiempo a mí también. Ha sido todo tan repentino que necesitaba asegurarme de que ese «un algo» que hay entre los dos era real, aunque en el fondo siempre he sabido que es lo más real que me ha ocurrido en mucho tiempo. Al menos, la aparición de Sonia ha servido para poner de una vez las cartas sobre la mesa—. Pasó un brazo por su cintura mientras enredaba los dedos de la otra mano en su pelo—. Pero ya no quiero hablar más de Sonia ni de su hijo ni de su ex, ahora quiero hablar de nosotros.

Claudia tragó saliva.

—¿Lo decías en serio?

—¿El qué? —preguntó Darío con una sonrisa burlona.

—Cuando dijiste... cuando dijiste que te habías enamorado de esa chica.

—¿Qué chica?

Claudia le había rodeado el cuello con los brazos y le dio un suave tirón de pelo.

—Lo sabes muy bien, la chica esa que es como un rayo de sol.

—Ah, esa.

Al ver que Claudia ponía los ojos en blanco, soltó una carcajada y la apretó con más fuerza contra él y susurró en su oído con una voz llena de ternura:

—Me enamoré de ella el primer día que la vi. Me gustó tanto, que tuve que inventarme un empleo sobre la marcha para que se quedara cerca de mí.

—¿El primer día? —susurró Claudia a su vez, con la mejilla apretada contra su pecho.

—Al minuto de conocerla.

Claudia levantó la cabeza para mirarlo.

—Entonces ella te lleva ventaja.

—Ah, ¿sí?

—La chica que es como un rayo de sol se enamoró de ti al segundo de conocerte.

Entonces, se sonrieron una vez más antes de juntar sus bocas en un beso apasionado.

## EPÍLOGO

Claudia terminó de limpiar la barra del bar, ordenó las sillas y las mesas en las que se habían sentado los vecinos esa tarde, y trancó la puerta de madera del local con fuerza. Ese día se cumplían seis meses exactos desde que había llegado al pueblo. Seis meses desde que había cambiado de trabajo, se había enamorado de un hombre maravilloso con el que convivía casi desde el primer día y le había cambiado la vida para siempre.

Parece mentira, pensó. Qué lejos le quedaba Madrid, sus amigas, los trabajos temporales mal ados y aquel novio estúpido del que ya no recordaba ni su nombre...

Aspiró muy hondo, feliz ante el paisaje que tenía ante sí. Con la llegada de la primavera al valle, las tardes se alargaban día tras día, los árboles y las praderas habían comenzado a reverdecer y la nieve de la montaña se deshacía a marchas forzadas y descendía en forma de agua por el río con fuerza renovada.

Tomó el camino de regreso al hotel a paso ligero, pensando en la tarta que quería hacer nada más llegar, para celebrar con Darío los seis meses más felices de su vida.

Al pasar por la plaza se encontró con Toñi en la puerta de su casa, que se empeñó en darle un gran tarro de miel de la que había recolectado su marido en los panales hacía unos días.

—Entra, entra, que no tardo nada —dijo, casi empujándola dentro. La anciana rebuscó un buen rato en una pequeña despensa que tenía, hasta que apareció con el tarro en la mano—: Pero esta es para vosotros dos, no para el hotel ¿eh? Dile a Darío que si quiere miel para sus huéspedes, que venga a comprarla.

—¡Muchas gracias, Toñi! No te preocupes, que a mí me encanta desayunar una tostada con miel, así que esta me la guardo en casa como oro en paño —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Me voy corriendo, pero le diré a Darío que se pase mañana a por la miel. El próximo fin de semana ya tenemos el hotel lleno otra vez.

—Pero, espera, espera, que te voy a dar un trocito de pan para que la pruebes, ya verás qué rica está.

—Seguro que está riquísima, Toñi, pero es que tengo que...

Pero la anciana ya había empezado a cortar el pan sin hacerle ni caso. Luego, extendió con parsimonia la miel sobre una rebanada y la llevó a la mesa.

—Anda, come, que estás muy delgaducha.

Cuando al fin consiguió escapar de la casa, tomó un atajo que rodeaba la iglesia por donde iría más rápido, pero al doblar la última esquina, se tropezó con Anabella.

—¡Ay, Claudia! ¡Justo te andaba buscando!

—¿Por qué?

—Pues porque he pensado que me voy a crear una cuenta en Instagram, y así puedo curiosear lo que hacen mis nietas. Y había pensado que me ayudarás tú... —dijo con expresión beatífica.

—Pues es que ahora me pillas mal, Anabella. Tengo un poco de prisa. Lo hacemos mañana, durante el taller de internet ¿te parece?

—¿Mañana? —dijo ella—. Yo quería sorprender esta noche a mis nietecillas con una foto de las zapatillas de crochet que les he hecho...

Y puso tal cara de desilusión, que Claudia se vio empujada a responder:

—A ver, saca el móvil, que lo hacemos en un segundo.

Anabella metió la mano en su bolso y extrajo su teléfono.

—Tú dime cómo se hace, que quiero aprender... Me meto aquí, ¿verdad? —dijo, señalándole

el icono de la red social. Claudia asintió.

—Y ahora, te va a pedir tus datos. Tienes que rellenar los campos del formulario.

La anciana comenzó a teclear muy despacio, acercándose la pantalla casi a la altura de la nariz. Claudia comenzó a desesperarse de ver que el sol se estaba escondiendo ya detrás de las montañas y a ese paso, no llegaría a tiempo de hacer nada de nada.

—Cuando termines de rellenarlo todo, le das a crear cuenta y listo, ¿vale? —le dijo, casi despidiéndose.

—¿Crear cuenta? Y luego, ¿qué? ¿Ya funciona solo? ¡Ay, niña! Ayúdame un poquito más...

¿Le estaba tomando el pelo? A ver, que Anabella había trabajado toda su vida en una empresa de transportes en la ciudad y se manejaba muy bien con el ordenador en el taller que les impartía. ¿Por qué ahora de repente se le hacía todo un mundo? Suspiró, derrotada. No tuvo más remedio que quedarse hasta que la mujer se puso una foto de sus petunias como imagen de perfil y encontró a sus siete nietas en Instagram, una detrás de otra. Cuando al fin se añadió a la última, Claudia salió disparada en dirección al hotel. Casi al llegar, oyó el pitido de una moto que se acercaba por el camino de grava hasta detenerse justo delante de la entrada de la finca del hotel, impidiéndole el paso. Era Fermín.

—¡Claudia! ¡Ay, chiquilla! ¡Por fin apareces! —Se pasó un pañuelo por la frente, como si estuviera muerto de preocupación—. Que me ha dicho Teresa que vayas a casa de Cosme a recoger una bolsita de semillas de amapola para el pan de mañana.

Claudia lo miró con cara de desconcierto.

—Será una broma ¿no? ¿Es que no puede traerlo ella mañana? ¡Cosme vive a dos casas de la suya!

—Ya, bueno, no sé, hija. Es lo que me ha dicho... —respondió Fermín, que parecía cada vez más nervioso y no dejaba de mirar su móvil.

Empezaba a estar un poco harta de hacer de buena vecina con todo el que se encontraba esa tarde.

—¡Pero si Cosme vive en la otra punta del pueblo! —bufó de rabia. Miró hacia el caserón del hotel y se fijó en que en el apartamento que compartía con Darío no se veía todavía ninguna luz. Tal vez estuviera todavía en Aínsa, adonde había dicho que iría a comprar las matas de hortalizas para plantar el huerto.

—Bueno, mujer. De una carrerilla, llegas en un pis pás.

—¿Y no me puedes llevar en la moto?

—Ah, no —negó Fermín con un movimiento de cabeza decidido—. Yo no puedo. Imposible.

Por Dios. Ya estaba anocheciendo, ¿y debía cruzar de nuevo el pueblo por unas estúpidas semillas de amapola?

El móvil del hombre vibró de pronto. Observó cómo el anciano se daba media vuelta y revisaba la pantalla iluminada.

—¿Sabes qué? —dijo, girándose de repente—. Que dice Teresa que ya no hace falta que vayas, que ya irá ella mañana a casa de Cosme, que le pillas de camino. Así que, anda, hija, entra en casa, que ya es hora. ¡Que tienes al pobre Darío abandonado! —exclamó, sonriente.

Y antes de que ella pudiera protestar, el anciano arrancó su scooter, dio media vuelta y desapareció por donde había venido.

—No sé si es que empiezan a chochar o es que alguien está echándole un poco de marihuana a los bizcochos del bar, pero esto no es normal —dijo, hablando en voz alta consigo misma, mientras se dirigía al caserón.

Al abrir la puerta del hotel, se encontró con todo a oscuridad y en silencio.

—¿Darío? —gritó, por si acaso, mientras se quitaba la chaqueta. Hacía calor dentro, lo cual era raro ya que con el hotel vacío, no solían encender la calefacción en el piso de abajo.

Cuando iba a adentrarse en el salón oscuro, de repente se encendieron todas las luces descubriendo el salón decorado con banderines de colores y una enorme pancarta colgada de una pared a otra que decía: «En 6 meses nos has robado el corazón. ¡Te queremos, Claudia!», al tiempo que escuchaba exclamar a un coro de voces:

—¡Sorpresa! —Allí estaban todos: Toñi, Teresa, Anabella y el resto de las chicas, Eusebio y los otros ancianos, Darío y...

—Pero ¿qué...? —respondió entre sorprendida y emocionada al descubrir en primera fila a sus amigas, Anuska, Álex y Gadea, que corrieron a abrazarla tan emocionadas como ella—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis llegado? ¿Por qué no me habéis avisado que veniais?

—Fue idea de ese pedazo de novio que tienes... —Álex señaló a Darío, quien después de recibirla con una sonrisa complacida y un beso tierno, se había apartado discretamente a un lado, dejándola con sus amigas—: Ahora entiendo que no quisieras venir a Madrid a vernos, guapita, con ese maromo aquí...

—Ay, Álex, hija, ¡no seas burra! —la interrumpió Gadea, siempre tan correcta ella, incluso para dar las explicaciones necesarias—: Di que es un encanto. Darío me contactó a través de Facebook, me explicó lo que planeaba y nosotras nos sumamos al plan encantadas. ¡Teníamos muchas ganas de verte!

—Di más bien que nos moríamos de curiosidad por conocer al tío que había conseguido, al fin, quitarnos de en medio al capullo de Sergio y te había convencido para quedarte a vivir en el culo del mundo... —intervino Anuska, que no tenía pelos en la lengua.

Claudia soltó una carcajada de pura alegría. Ahora que estaban sus amigas allí, se daba cuenta de lo mucho que había echado de menos sus charlas, sus cotilleos, sus confidencias...

—Pues esto es lo que hay... —dijo, girándose alrededor para señalar al animado grupo que formaban sus «chicas y chicos» junto a Darío. Sus ojos se cruzaron en ese momento con los suyos, en una mirada tan tierna, que casi se derrite de amor allí mismo. Él también tenía marcada esa fecha en su calendario personal y había organizado todo aquello para ella, solo para ella: la fiesta sorpresa, el plan para entretenerla por el camino —sí, ahora se daba cuenta de eso—, había traído a sus amigas y a la que ahora era «su gente», ese grupo de vecinos entrañables. Darío había reunido allí a todas las personas que más le importaban en ese momento—. ¿Ha merecido la pena o no?

No hizo falta ni que respondieran, la mirada que le dedicaron a Darío fue de lo más elocuente.

—¿Y vosotras? ¿Habéis venido las tres solas?

—Más solas que la una, Claudia —respondió Gadea, por las tres—. Estoy hasta los mismísimos de esos tíos prepotentes que van marcando territorio ya sea en el trabajo o en el garito de turno. Los hombres como Darío comienzan a escasear, no te creas. O eso, o ejercemos una atracción especial sobre los capullos y los gilipollas.

—¡Qué exagerada! —exclamó Álex.

—Bueno, hablo por mí. Todas sabemos que Álex puede tener al tío que ella quiera, aunque luego lo despache a los tres días con una patada en el culo.

—¡Oye!

—Reconócelo, Álex. Aquel holandés que atravesó media Europa para venir a verte no estaba nada mal y era un encanto. ¡Si vieras cómo se planchaba su propia ropa en el salón del apartamento, Claudia! —se rio Anuska, solo de recordarlo—. Pero ay, al parecer, no planchaba lo suficientemente bien.

—¡Vivía en Amsterdam y no tenía ni un duro! ¿Cómo íbamos a mantener una relación a distancia sin apenas vernos?

—Mujer, tú también podrías haber ido a verlo —dijo Anuska.

—¿Yo? Ni de coña: tengo pánico a volar. Si tanto te gustaba, habértelo quedado tú, Anuska. Era muy de tu estilo, una combinación entre surfista y perroflauta.

—Si no hubiera estado colado por ti...

≡ ≡ ≡

—Vaya amigas más majas que tienes, Claudia —dijo Fermín, el anciano, que tenía una planta estupenda y estaba ya tostado por el sol de la montaña, se les arrimó un rato después—. No nos vendrían mal unas cuantas mozas más en el pueblo que atraigan a los jóvenes de la zona...

—Aquí tenéis casa, aire limpio, buena gente e incluso, ¡internet! —añadió por detrás Teresa, que también pasaba por ahí.

—Y yo tengo dos buenos mocetones de nietos... —comenzó a decir Toñi, que no perdía comba.

—Por favor, por favor, señoras. No agobiéis a las chicas, que las vais a espantar nada más llegar y no van a querer volver jamás —dijo Darío, que llegó sosteniendo en sus manos una bandeja de tostas con embutido.

—Nosotros solo queremos darle más vidilla al pueblo, ¿verdad, Fermín? La juventud atrae a la juventud, eso es así —dijo Toñi, resabiada.

—Y eso también va por vosotros dos, tortolitos. —Teresa se dirigió a Claudia y Darío—. ¡Queremos muchos niños correteando por las calles!

—¡Qué cosas dices, Teresa! —protestó Claudia, abochornada.

—Pues a mí no me parece tan descabellado... —apuntó Darío, con un guiño divertido.

—Uyuyuy... ¡esto huele a que pronto tendremos boda o bautizo o lo que sea! —exclamó la siempre bocazas Álex.

≡ ≡ ≡

Horas después, una vez terminada la fiesta y después de acompañar a sus amigas a sus respectivas habitaciones, Claudia entró en el apartamento con la sensación de flotar en el aire. Destilaba amor, felicidad, optimismo, paz, por cada poro de su cuerpo. ¿Qué más podía pedir? Darío, ya en pijama, la esperaba tumbado en el sofá.

—¿Tan pronto habéis agotado todos los temas de conversación? —preguntó al verla aparecer.

—Ya tendremos tiempo mañana de ponernos más al día. —Claudia se descalzó, se deshizo de la camisa y la falda larga que llevaba puestas hasta quedarse en ropa interior y se tumbó despacio encima de ese cuerpo fuerte y musculado que conocía tan bien. Él sonrió, acomodando su cuerpo al de ella, quien añadió—: Esta noche tenía ganas de estar contigo, a solas, y tener nuestra pequeña celebración privada... —Lo besó suavemente.

—¿Es que te ha sabido a poco la fiesta? —sonrió él, deslizando las manos bajo sus bragas para agarrar el trasero respingón.

—No, ¡me ha encantado! —murmuró Claudia con la cabeza hundida en su cuello—. Pero me refería a... —hacía comenzado a lamerle y besarle la oreja, la línea del cuello y de ahí pasó a la barbilla, los labios...— otro tipo de celebración, más íntima... ya sabes...

—Ah... eso —jadeó Darío—. Lo celebramos las veces que tú quieras, amor.

Volvió a besarlo, pero esta vez fue un beso más largo y húmedo, que provocó una rápida subida de temperatura entre ellos. Sintió cómo el cuerpo de Darío se despertaba al deseo y ella se apretó aún más contra él, su sexo firme contra suyo. Claudia gimió al notar el hormigueo de placer bajo su vientre, la respiración de Darío se volvió más pesada mientras sus manos la recorrían entera, de arriba abajo, acariciándola. Sin embargo, había demasiada ropa entre ellos dos: las manos de Claudia se dirigieron a la cinturilla del pantalón del pijama y tiraron de la tela hacia abajo mientras él se quitaba la camiseta. Ahora sí, piel contra piel, los latidos de ambos se aceleraron.

—Joder, Claudia...—susurró él tironeando de sus braguitas.

Ella rio bajito y se las quitó lo más rápido que pudo. Luego, se sentó a horcajadas sobre él, dejando que su miembro firme penetrara hasta lo más profundo de su ser, llenándola hasta el límite del deseo. Desde el principio, con Darío había sido así: apasionado, explosivo, intenso, adictivo, pensó, moviéndose arriba y abajo, consciente de la mirada excitada con la que él la observaba cabalgarlo cada vez con más ímpetu, con más fruición, hasta alcanzar ambos el ansiado final prácticamente a la vez.

—Ha sido un detalle tan bonito... —dijo ella, poco después, recostada contra su pecho, mientras notaba sus caricias en el hombro—. No me imaginaba que te acordarías tú también de esta fecha.

—¿Cómo no me iba a acordar, amor? Has sido lo mejor que me ha pasado en los últimos años. Lo celebraré una y mil veces. De hecho... quiero celebrarlo toda la vida contigo.

Claudia se apartó de él y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Eso es lo que me imagino que es, Darío Coma? ¿No te has cansado todavía de sorprenderme hoy?

Él soltó una carcajada, divertido.

—En la vida me cansaré de esa expresión de susto que pones cuando lo hago. ¿Qué me dices? ¿Quieres casarte conmigo en este «culo del mundo», como dice Anuska?

Una sonrisa radiante fue el mejor anticipo a su respuesta:

—Claro que quiero, Darío. No me imagino ningún lugar mejor que este para pasar contigo el resto de mi vida.

# OTRAS NOVELAS DE LOLA COOPER

## Serie «Amigas en Nueva York»

- [Solo tú me importas \(#1\)](#)
- [Solo tú me provocas \(#2\)](#)
- [Solo tú me besas\(#3\)](#) (



## Serie «Estrellas del basket»

- [Cómo tocar a una estrella \(#1\)](#)
- [Cómo disparar a tu corazón \(#2\)](#)
- [Cómo caer en tus redes \(#3\)](#)

Todas las novelas pueden leerse de manera independiente. A la venta en Amazon y gratis en Kindle Unlimited.

## Sobre Lola Cooper

Lola Cooper es del sur de España, pero vive en los alrededores de Ottawa (Canadá) donde se trasladó a vivir cuando encontró al hombre de su vida.

Le encanta dar grandes paseos junto al lago con su perro Titán y reírse con los personajes de sus novelas. Escribe al atardecer sobre una antigua mesa de madera mientras su gatita Fressia dormita sobre sus piernas.

Es adicta al café, al té, a las gafas de sol y a los post-it pegados por cualquier sitio para no olvidar las ideas que se le ocurren en cualquier momento.

Puedes encontrarla en **Facebook**: [Lola Cooper](#)

O contactarla por email: lolacooperescribe@gmail.com